EL GRAN HECHO

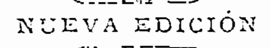
EL MUNDO ADORA

A UN JUDÍO CRUCIFICADO

POR

J. GAUME

> Lector: no repruebes antes de haber leído todo, porque quizás entonces reprobarás menos.
>
> S. AGUSTÍN, *De* [illegible]



NUEVA EDICIÓN

VALENCIA
Librería de Pascual Aguilar, Editor
CABALLEROS, 1

1896

CAPÍTULO PRIMERO

RAZÓN DE ESTE ESCRITO

I

Numerosos como los átomos del aire, funestos como los miasmas de pestilenciales pantanos, circulan en la Europa moderna errores de todo género. Solo en los peores tiempos del paganismo se ha visto una cosa semejante.

Estos errores alcanzan hoy su última fórmula.

Racionalismo, Panteísmo, Materialismo, Ateísmo, Naturalismo, Cesarismo, Sensualismo, Positivismo, Socia-

lismo. Solidarismo, Espiritismo; su solo *nombre espanta*.

II

La palabra, las artes y la prensa les propagan con una actividad sin ejemplo. Estos prodigiosos medios de comunicación, desconocidos en los siglos anteriores al nuestro, parecen no haber sido invitados sino para servirles de vehículos más rápidos y más variados. Mil carros de fuego parten todas las noches de París, Londres, Viena, Berlín, Madrid, de las grandes y de las pequeñas capitales, llevando cargamento de emponzoñadas doctrinas, que dejan en todos los lugares por donde pasan.

III

A la mañana siguiente, todos estos productos de delirantes cerebros, caen en multiplicadas formas sobre la Europa, como las nubes de asoladoras

langostas en el suelo africano; en libros, *periódicos*, *revistas*, piezas de teatro, folletos, opúsculos, canciones, grabados. Algunas horas después, han penetrado en todas partes. Les encontráis en los salones del rico y en el cuartucho del pobre; en los cafés, en las tabernas, en los talleres, hasta en los campos, bajo la choza del labrador, destilando su veneno en las almas, y llegando á ser el Evangelio de los pueblos.

IV

¿Y cuáles son los resultados de esta propaganda universal é incesante? La vista de lo que sucede lo manifiesta en parte.—¿Qué sucede? Estos monstruosos errores producen en el hombre civilizado lo que el *licor de fuego* en el salvaje. Fuera del Catolicismo el hombre no se conoce á sí mismo en la actualidad. No sabe quién es, de dónde viene, ni á dónde va. No sabe á dónde dirigirse; no sabe mantenerse

firme en el camino de lo justo y de lo verdadero; no sabe mandar, ni obedecer, ni amar, ni orar, ni sufrir, ni morir.

V

No teniendo poder para afirmar nada, toda su ciencia está en negar. Todo lo niega: niega á Dios, niega la Providencia, niega la Biblia, niega á Jesucristo, niega la Iglesia, niega al Papa, niega el alma, niega el derecho, niega la autoridad, niega la propiedad, niega la familia, niega la distinción esencial entre el bien y el mal, niega el presente, niega el porvenir, se niega á sí mismo.

VI

En semejante disolución de toda creencia; en medio de esta confusión de Babel y de las espantosas tinieblas de una noche cada vez más obscura; á través de esta incesante granizada

de rayos inflamados; en el seno de esta atmósfera profundamente corrompida entre tantas escandalosas defecciones; en una época, en fin, en la que Satanás hace jugar contra el cristiano todos sus arietes con un empuje, con una destreza y con un vigor sin ejemplo, apareciendo preparar una nueva caída á la humanidad: en medio de circunstancias semejantes, tiene que vivir el cristiano en el siglo diecinueve.

VII

Para el cristiano, vivir es conservar su fe, íntegra, activa, inquebrantable.

¿Cómo realizar este milagro?

¿Cerrando los ojos para no ver, y los oídos para no oir? Imposible.

¿Refutar uno á uno, con el pensamiento ó con la palabra, los innumerables errores que le cercan y que cada día cambian de máscara? Imposible.

VIII

Hay que convenir en que una situación semejante inspira miedo y compasión.

Compasión y miedo, ante todo, por las generaciones jóvenes, que no pudiendo comparar lo presente con lo pasado, se adormecen confiadas con la idea de que el mundo está en su estado normal, y que los peligros de hoy no son ni más grandes, ni más numerosos que los peligros de ayer.

Confusión y miedo, por el cristiano débilmente instruído en las cosas religiosas, y enteramente embebido en las preocupaciones terrestres.

Confusión y miedo, por todos, porque según muy fundadas apariencias, lo que estamos viendo es solamente el principio de los dolores.

IX

¿Qué hacer para salvar á los que todavía quieren salvarse?

Procurarles un refugio: un refugio seguro y abierto á todos; un escudo fácil de manejar y á prueba de las mejores armas del enemigo, ó una áncora de misericordia que mantenga inmóvil la nave en medio de las agitadas olas, y la preserve del terrible naufragio en que tantos otros han perecido y perecerán.

¿No es indudablemente en la actualidad, semejante servicio, la primera de las limosnas, la más urgente de las necesidades?

X

¿Cuál será este refugio, este escudo, esta áncora de salud?

¿El razonamiento?

Nó.

En un siglo en que reina el sofisma, el razonamiento tiene muy poco valor. Con el escalpelo en una mano y el apagador en la otra, el primer sofista que se presente combate vuestros más sólidos argumentos. Les desfigu-

ra, les diseca, los desnaturaliza, los elude y concluye por entregarles á las risas de la multitud ignorante é ilustrada.

¿Qué hace falta, pues?

¿Hechos?

¿Pero de qué naturaleza?

Hechos que por una parte ofrezcan al cristiano, asaltado por la duda, un abrigo inexpugnable, y que por otra, envuelvan al campeón del error en un círculo que no tenga otras salidas que la FE ó la LOCURA.

XI

En vez de un número considerable de hechos, sería indudablemente mejor tener solamente algunos. Si pudiera bastar uno solo, esto sería la perfección.

Pues este hecho existe; y sobre este único hecho se asienta inmóvil, como una ciudad edificada en la roca, el CREDO del cristiano.

En su *inmensidad* llena el mundo, y se impone por sí mismo á la fe de la humanidad.

Luminoso como el sol, no exige para ser comprendido razonamiento, estudio, ni fatiga; sólo pide ojos.

Inflexible como un axioma de geometría, no deja subterfugio alguno al error.

Inquebrantable como las pirámides del desierto, es un fuerte castillo, desde el cual el joven cristiano de quince años, *puede* desafiar todos los ataques del sofisma, sea cualquiera el cerebro que lo engendre, los labios que le expresen, y la pluma que le escriba.

Terrible como un ejército dispuesto en orden de *batalla*, ha sido *siempre*, es todavía, y será eternamente la pesadilla del *incrédulo*.

¿Qué hecho es este?

Vamos á decirle.

—

CAPÍTULO II

El gran hecho

EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO

I

Este es el hecho.

El creyente y el incrédulo se encuentran igualmente en presencia de este gigante del mundo moral sin poder evitarlo.

Para comprender el valor de este hecho abrumador, es necesario descomponerle, y estudiarle pieza por pieza, en sí mismo y en sus consecuencias.

II

EL MUNDO. ¿Pero qué mundo? Es el mundo de la ilustración y de las luces. Es la Europa, la América, la

parte inteligente de la Asia y del Africa. La patria de todos los grandes hombres y de los grandes pueblos; la tierra que alimenta el genio, la ciencia, la literatura y las artes. En una palabra, es, sin duda alguna, la parte más ilustrada, la sola ilustrada del género humano, la menos dispuesta á dejarse seducir por la impostura y dominar por las preocupaciones.

III

Este mundo ADORA. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir, que cree con una fe inquebrantable que un judío crucificado es Dios, Criador del mundo, Moderador de los Imperios, Eterno, Omnipotente, Juez supremo de vivos y muertos.

En consecuencia, le tributa un culto soberano, y se lo tributa á él solo. A él levanta templos y ofrece sacrificios. Hacia él solamente hace subir sus votos y sus acciones de gracias. En él solo pone su confianza, y de solo él

espera todos los bienes. Para él solo es su amor; amor manifestado por sacrificios de todo género, hasta los más costosos á la naturaleza.

IV

Un JUDÍO CRUCIFICADO. El objeto de este culto universal, entusiasta é invariable de la parte más escogida del género humano, es un Judío crucificado. ¿Y qué es un judío? En la época en que vivió el Judío adorado, Jesús de Nazareth, los judíos eran el ridículo del resto del mundo. Bajeza, ignorancia, superstición, doblez, eran sinónimos de su nombre. La prueba está en los autores paganos Cicerón, Horacio, Tácito, Suetonio y Marcial.

Lejos de modificar la opinión en su favor, el tiempo la ha hecho más hostil. De ridículos, los judíos han llegado á ser odiosos. Durante diecisiete siglos, el judío ha estado cercado en las ciudades cristianas, como un enemigo

peligroso é impuro. No hace ochenta años que en Francia se leía en las verjas de algunos paseos públicos: *Se prohibe la entrada á los judíos y á los cerdos*. En África, el árabe mahometano puede todavía insultar impunemente al judío, arrancarle la barba, herirle y escupirle al rostro.

La emancipación moderna ha sido impotente para cambiar esta antipatía universal. Ha podido hacer del judío un ciudadano; pero jamás hará un francés, un inglés, un alemán, un español. Aun cuando sea ante la ley igual á los demás habitantes, no lo es en la estimación pública. Adquiere ésta á proporción que deja de ser judío. Es esto tan verdadero, que aun hoy, para caracterizar con una sola palabra á un traidor, á un embustero, á un usurero, se dice: *es un judío*. Los mismos judíos se avergüenzan de llevar este nombre: tan envilecido le ven, y prefieren llamarse Israelitas.

V

Jesús Nazareno no es solamente un judío, es un Judío *crucificado*. Cuando él la sufrió era la crucifixión el suplicio más ignominioso. La cruz era el suplicio de los esclavos, ladrones, asesinos y sediciosos. Estaban pendientes de ella, hasta que morían de hambre, de sed ó de dolores; después de muertos, su cuerpo era pasto de los perros y de los cuervos.

VI

Así que, decir judío crucificado, es decir todo lo que hay de más vil entre los más viles, lo que hay de más maldito entre los malditos, de difamado entre los difamados, el oprobio del populacho y la escoria de las naciones.

Al adorar, pues, el mundo, y el mundo civilizado, á un Judío, es á la vez autor y testigo de un hecho que traspasa los últimos límites del absurdo.

UN GUSANO DE LA TIERRA SOBRE LOS ALTARES DEL GENERO HUMANO (1).

Este es el hecho.

CAPÍTULO III

Historia de este hecho

I

¿Cuándo y cómo se ha verificado el extraño fenómeno que tenemos ante los ojos?

Este hecho tuvo lugar hace dieciocho siglos. El mundo actual lo proclama mil veces cada dia. Siglos, años, acontecimientos históricos, tratados de paz ó guerra, contratos civiles, transacciones comerciales, cualquier acto de la vida pública ó privada, todo se fecha desde él. ¿No sería más insensato negar el sol, que negar este primer hecho?

(1) Vermis et non homo. Ps. XXI. 7.

Hace dieciocho siglos, el mundo entero, excepto los judíos, adoraba millones de divinidades. Negar este segundo hecho, es menos imposible que negar el primero.

II

Para destronar estos millares de dioses y sustituirles en el culto del género humano el Judío crucificado, fué preciso, ante todo, destruir el judaísmo y el paganismo; se trataba de declarar la guerra á todos los pueblos y de atacarles en lo que hay de más sagrado en el fondo del corazón humano: el sentimiento religioso.

Y este era tanto más fuerte en los judíos y paganos, cuanto se confundía con las preocupaciones más halagüeñas para el espíritu nacional. Todos creían inviolablemente unidas sus constituciones políticas a la conservación de su religión.

III

Con la historia en la mano demostraban los judíos que las prosperidades y los reveses de su nación habían dependido siempre de su fidelidad ó infidelidad á Jehová.

Bajo la fe de sus oráculos, consideraba Roma, la señora del mundo, al culto de sus dioses como causa de sus victorias y prenda de la duracion eterna de su imperio.

De manera que bajo cualquier aspecto que se la considera. la empresa es un conjunto de dificultades, más grandes las unas que las otras.

CAPÍTULO IV

Primera dificultad

DESTRUIR EL JUDAISMO

I

La empresa presenta dos fases: la de destrucción y la de reconstrucción. Abolir la religión de los pueblos y sus-

tirnirla con otra: doble aspecto bajo el cual debe estudiarse esta inmensa revolución.

Con relación al resto de la humanidad, los judios constituían un pequeño número: pero tenian á su religión una adhesión *muy viva, muy fundada y muy interesada.*

II

Adhesión muy viva. Hacía muchos siglos que estaban completamente curados de su inclinación á la idolatría. Por no renunciar á la ley de Moisés, habían sufrido de parte de los reyes Sirios el pillaje, la devastación, vejaciones y todo género de malos tratamientos. Gran número de judios dirigidos por Matatías y sus hijos, derramaron su sangre en los campos de batalla en defensa de la fe; otros, como Eleazar y los Macabeos, la habian confesado valerosamente ante los tiranos, y antes que abjurar de ella, pre-

firieron morir en medio de los más atroces suplicios.

III

Adhesión muy fundada. El judaismo era la religión verdadera. Tenia al mismo Dios por autor, á los Patriarcas y Profetas, gloria de la nación, por intérpretes, á los judíos por sus únicos depositarios. Jerusalén era la ciudad santa por excelencia. Su templo era el único santuario del mundo en que el verdadero Dios acogia las adoraciones de los hombres y daba sus oráculos. Una larga serie de prodigios servían de fundamento á esta religión. La fidelidad de los hijos de Israel á esta ley bajada del cielo, había sido el origen de innumerables bendiciones. Les había merecido el aprecio y la consideración de los más orgullosos conquistadores, y era la causa de su superioridad sobre los demás pueblos.

IV

Adhesión muy interesada. La falsa interpretación dada por los fariseos á las profecías, halagaba de tal manera el orgullo nacional, que había llegado á ser la base de sus esperanzas. Con una insistencia fanática esperaban los judíos un Mesías conquistador, que los sacaría del yugo odioso de los gentiles, que pondría en su mano el cetro del universo y haría reaparecer con nuevos resplandores los hermosos días del reinado de Salomón.

V

Había, por tanto, necesidad de persuadirles que la interpretación farisaica de las profecías era un error; que su esperanza de un Mesías conquistador era una quimera: que su religión era una sombra vana, que iba á desaparecer ante la realidad: que su título exclusivo, hasta entonces, de pueblo de Dios, debía ser común á los demás pueblos.

Había necesidad de persuadirles que su odio y desprecio hereditarios á los gentiles eran sentimientos culpables, que debían ser reemplazados por un amor de hermanos sin restricción ni reserva. En consecuencia, tenían que abandonar la observancia de la ley de Moisés que les prohibía todo comercio religioso con los gentiles, y bajo pena de condenación eterna, adorar con ellos, en un mismo templo y con un mismo culto, á un hombre procesado, condenado, ajusticiado de común acuerdo por ellos y por los paganos como un gran malhechor, y reconocerle por el único Dios del cielo y de la tierra.

CAPÍTULO V

Segunda dificultad

DESTRUIR EL PAGANISMO

I

Los paganos no se mostraban menos apegados que los judíos á su reli-

gión. Para elevar esta adhesión á su más alto grado, el interés de las pasiones se unía al sentimiento religioso. Lejos de reprimir, halagaba el paganismo las más queridas inclinaciones del hombre degradado. La inteligencia no estaba obligada á encorbar su orgullo bajo el yugo de misterios impenetrables. Ninguna autoridad le obligaba tampoco recibir, como regla de su creencia, aquello que quería rechazar.

II

La moral del paganismo no era más severa que el dogma. Dejaba al corazón perfectamente libre en sus afecciones. No solamente se permitían, sino que se honraban, y hasta se recompensaban los desórdenes á que experimenta el hombre una inclinación tan imperiosa. Más aun, consagrados por el ejemplo de los dioses, eran en cierto modo obligatorios. Los excesos de la intemperancia y la luju-

ria constituían el fondo de los misterios de Baco, de Cibeles y de Venus. Era un acto de religión entregarse públicamente á la prostitución.

III

La idea de una vida futura no venía á acibarar los placeres de la presente. Para la mayor parte de los paganos, morir era volver á la nada. Los más instruídos admitían la transmigración sucesiva de las almas, concluyendo por llegar todas á la dicha. En su tártaro, más ó menos eterno, se castigaban únicamente algunos crímenes monstruosos, que inspiran natural horror á los hombres y que se evitan sin esfuerzo. Los demás desórdenes no cerraban la entrada de los Campos Elíseos.

IV

El culto del paganismo no tenía menos atractivos que el dogma y la moral. Acudían para honrar á sus dioses

á templos grandiosos. Los sacerdotes, magnificamente vestidos, inmolaban víctimas lujosamente adornadas. Jóvenes de ambos sexos, vestidos con largas túnicas blancas y coronados de flores, les servían de ministros.

Los emperadores, los cónsules, los magistrados, los senadores, con los distintivos de su dignidad, realzaban con su presencia el brillo de las ceremonias. El ambiente estaba embalsamado con los agradables perfumes que se quemaban con profusión. Las voces más hermosas y los instrumentos más agradables formaban deliciosos conciertos. Á los sacrificios seguían festines, danzas, juegos, combates de gladiadores, iluminaciones y otros espectáculos encantadores. Roma consagraba la mitad del año á estas fiestas religiosas.

V

Añádese á esto, que todo cuanto puede autorizar un culto sostenía á

esta religión tan cómoda. Se la había mamado con la primer leche, se la consideraba como la más preciosa herencia de los antepasados. Creían los pueblos que dependía de ella su dicha; y la consideraban como el fundamento de sus repúblicas y Estados. Les era tan querida, que combatían por su defensa, con más ardor que por su propia vida.

VI

El origen de esta religión se perdía en la noche de los tiempos, creyéndose que empezó con el mundo y tuvo por autores á los mismos dioses. Los más grandes oradores la vengaban de los ultrajes que contra ella se dirigían; las leyes eran igualmente severas, y los jefes del ejército, los conquistadores más orgullosos no se atrevían á partir á sus expediciones sin ir á invocar solemnemente á los dioses, en cuyos templos á su vuelta suspendían los trofeos de sus victorias.

VII

El mundo estaba cubierto de templos llenos de inscripciones, que perpetuaban el recuerdo de los supuestos beneficios de los dioses y el agradecimiento de los pueblos, y tal era la confianza que inspiraban sus oráculos, que nada se emprendía sin consultarles.

Los versos de las Sibilas prometían á Roma que conservaría el cetro del mundo mientras observase las antiguas ceremonias, y por eso Roma mostraba el más ardiente celo en sostener esa religión que la aseguraba tan alto destino.

Véase, pues, hasta qué punto era sólido y parecía inquebrantable el paganismo.

CAPÍTULO VI

Tercera dificultad

ESTABLECER EL CRISTIANISMO

I

Destruir el judaísmo y el paganismo era solamente la primera y menos difícil parte de la empresa. Consistía la segunda en elevar sobre sus ruinas el Cristianismo.

¿Y qué era el Cristianismo? Era la adoración de un Judío crucificado, reemplazando en todos los altares del mundo al eternal Jehová y al gran Júpiter. Era, lo mismo para el judío que para el pagano, el más monstruoso sacrilegio Era la negación de la razón y la más brillante locura. Para los menos hostiles, el Cristianismo era una religión nueva, absurda, imposible, desacreditada de antemano por el ignominioso suplicio de su Autor y por la obscuridad de sus adeptos.

II

Para un gran número de judíos y gentiles, el Cristianismo era una cosa todavía más odiosa. Era la aparición formidable de la verdad, de esta verdad acusadora que teme el hombre como al rayo, porque condena sus obras de tinieblas, le fatiga con sus despiadadas luces, y le persigue con sus remordimientos implacables. ¿Cuál no debió ser el espanto, el terror y la rabia de todos estos hombres de corazón corrompido que llenaban el mundo, cuando reconocieron á esta Reina absoluta que venía á reivindicar sus usurpados derechos? (1)

III

Si el más sabio de los filósofos, Sócrates, fué condenado á beber la cicuta por haberse atrevido á recordar una

(1) Illuminans tu mirabiliter á montibus æternis, turbati sunt omnes insipientes corde. Ps. LXXV.

sola de estas reformadoras verdades, ¿cómo habían de ser acogidos los que venían á proclamarlas todas, con una autoridad que no admitía réplica?

De este modo, por una coincidencia inaudita, la ignorancia del vulgo y la ciencia del sabio conspiraban de consuno con igual fuerza contra el establecimiento del Cristianismo.

IV

Es preciso decirlo: su más temible enemigo era el Cristianismo mismo. En su dogma, era una religión llena de inconcebibles misterios. Predicaba un Dios judío, y un Judío crucificado; un Dios único, y tres personas en Dios; un Dios hombre nacido de una virgen; un Dios que se entrega en alimento á los hombres bajo las apariencias de pan y vino, y otros cien dogmas igualmente incomprensibles á los ojos de la mera razón. Era indispensable admitir todos estos dogmas sin quitar una sola palabra, y con una

convicción tan grande, que dispusiera á estar siempre prontos á morir en su defensa, bajo pena de caer, al salir de esta vida, en las llamas eternas.

V

En su moral, era una religión que espantaba por su severidad y austeridad. No se contentaba con condenar las acciones culpables, proscribía las palabras, las miradas, los menores gestos que se opusieran á las virtudes que predicaba, y las predicaba todas. Descendía hasta el fondo de las conciencias, buscaba sus más delicadas fibras y las hería sin piedad. A sus ojos la complacencia en el mal, rápida pero consentida, era un crimen merecedor de una eternidad de suplicios.

VI

Su austeridad llegaba al colmo: no hablaba más que de cruces, de lágrimas, de mortificaciones, de ayunos,

de vigilancia continua, de combates contra sí mismo, de humillantes confesiones y de otras cien prácticas incómodas, y en la apariencia, más absurdas las unas que las otras.

Para citar un solo ejemplo: «Se decía al que quería ser cristiano: si quieres entrar en nuestra religión, debes desnudarte.—¿Desnudarme yo?, un hombre honrado, un príncipe, un emperador, un Constantino, ¿desnudarme? Os burláis de mí al decir esto. —Sí, es preciso que te desnudes en presencia de un vasallo tuyo, y que le ruegues que te sumerja en el agua, no solamente hasta el cuello, sino hasta encima de la cabeza. Así se bautizaba en la primitiva Iglesia» (1).

Ordenaba además la observancia de leyes desconocidas, contrarias á las más antiguas costumbres, á las preocupaciones más universales, tales como el perdón de las injurias, el amor de los enemigos, la fraternidad

(1) P. Lejeune, *Sermón sobre el establecimiento de la fe. T. V. p.* 451.

de todos los hombres, su igualdad ante Dios; es decir, que atacaba el corazón del mundo antiguo, cuya *base social era la esclavitud.*

VII

No inspiraba menor repulsión en cuanto al culto. Las magníficas iglesias, las brillantes solemnidades, las imponentes ceremonias que en la actualidad cautivan los sentidos y atraen los corazones, eran desconocidas al cristianismo primitivo. Era una religión pobre, que en lugar de fiestas pomposas, de danzas, festines, juegos del circo, espectáculos del anfiteatro, ofrecía solamente imágenes lúgubres, recuerdos sangrientos, serias lecturas, instrucciones y oraciones, cuyo objeto nada tenía de halagüeño para los sentidos. Era una religión toda espiritual y toda del porvenir. Por recompensa sólo prometía en la tierra el desprecio de los sabios, el odio de los pueblos, la pobreza, la muerte bajo las formas

más terribles; y después de esta vida, bienes invisibles de que ni aun podia el hombre formarse una idea.

VIII

Se comprende que el mundo antiguo haya aceptado el paganismo sin resistencia y hasta con afán, y que estuviese fuertemente adherido á él. Establecer el paganismo, era lo mismo que romper ante el torrente de las pasiones los diques que las contienen. Por el contrario, establecer el Cristianismo, era no solamente detener el torrente, sino hacerle volver hasta su origen. Profesar el paganismo, era adorar las inclinaciones más imperiosas y más agradables de la naturaleza. Profesar el Cristianismo era crucificarse vivo. Si la primera empresa nada ofrece de difícil, la segunda es un reto á todas las fuerzas humanas.

IX

Así se explica también el suceso de Mahoma. Se presenta á la cabeza de ejércitos fanáticos ante el árabe ignorante y corrompido, el sable en una mano, la copa del placer en la otra, y le dice: Cree ó muere.

En la fe que exige, está durante esta vida la autorización para robar, para matar y para sujetar á la esclavitud al que no crea; y después de la muerte la seguridad de gozar todos los placeres sensuales en un paraiso de deleites. Se concibe que halagando á las pasiones, haya podido tener el mahometismo numerosos partidarios. Para obtener semejante resultado no hay necesidad de ser Dios taumaturgo, santo, ni profeta.

X

Lo mismo puede decirse de todas las falsas religiones que se han presentado en el mundo. No hay una sola

que no deba su origen á la emancipación de una de las tres concupiscencias del corazón humano: el orgullo, la ambición, la voluptuosidad.

La luz se opone menos á las tinieblas, que el Cristianismo á todas las falsas religiones. Él solo no pacta con ninguna debilidad; él solo ataca de frente todos los vicios y todas las inclinaciones corrompidas; él solo predica todas las virtudes y ordena todo género de sacrificios.

Tal es, conviene repetirlo, la religión que se trataba de establecer.

CAPÍTULO VII

Cuarta dificultad

LA MAGNITUD DE LA EMPRESA

I

¿A quiénes pretende imponer esta aterradora religión?

¿A algunas aldeas solitarias, ignorantes y medio salvajes?

Nó.

¿A algunas insignificantes ciudades del Oriente ó del Occidente, igualmente extrañas á las luces que á la corrupción del resto del mundo?

Nó.

¿Solamente á pueblos bárbaros, y no á los egipcios, á los griegos y á los romanos, que van á la cabeza de la civilización?

Nó.

II

Se trata de predicarla á todos los pueblos sin excepción, al Oriente y al Occidente, al universo entero. La empresa no tendrá otros límites que los del mundo. Los hielos del Norte, los ardores del Mediodía, la inmensidad del Océano, la aspereza de las montañas, las arenas del desierto, serán impotentes barreras para contener su curso. El colosal imperio de los Césa-

res, que cree comprender él solo todo el universo, no formará más que una parte de la Iglesia que se ha de establecer. El soberbio Romano, el muelle Asiático, el Indio voluptuoso, el estúpido Moro, el orgulloso Germano, el feroz Escita, todos entran en este proyecto.

III

La influencia de los climas, la diversidad de las razas, la antipatía de caracteres, la emulación de la gloria, la rivalidad de mando, la oposición de intereses, la diferencia de costumbres, los vicios característicos de las naciones, no deben impedir que todos los pueblos se reunan en una misma sociedad, adopten una misma fe, practiquen el mismo culto, ejerciten las mismas virtudes y se traten como hermanos.

———

CAPÍTULO VIII

Quinta dificultad

EL TIEMPO

I

¿Cuál es el tiempo elegido para predicar esta inconcebible locura é imponer esta religión, no menos severa en su moral que absoluta en su dogma?

¿Será, sin duda, alguno de esos siglos fabulosos, de que hablan los poetas, en que los hombres dispersados por los bosques, sin instrucción, sin luces, sin defensa, están dispuestos á creer cuantos desvarios les anuncien hábiles impostores: siglos de oro, en que los habitantes de la tierra, exentos de vicios y de pasiones, no experimentan en sí obstáculo alguno para aceptar el yugo de la moral, por muy pesado que sea?

Nó.

Es el siglo de Augusto: siglo perfectamente histórico.

II

¿Qué era el siglo de Augusto? El siglo pagano más ilustrado y más corrompido; el siglo de la civilización material más avanzada; el siglo de los *oradores, de los poetas, de los filósofos*, de los guerreros, de hombres tan grandes en todo género, que todavía una admiración fanática los presenta á la juventud por maestros y modelos; pero hombres, cuyos desórdenes parecen en la actualidad fabulosos, y á quienes irritaba la solo idea del deber y de la obligación.

III

Practicar el robo, la usura, la concusión, el vicio infame bajo todas las formas y con refinamientos inauditos, tal era su afán, su vida, su gloria. Hacer devorar miles de hombres por

tigres, leones y panteras, ó que aquellos se degollaran entre sí, tal era su poder.

Y este placer les era tan habitual, que no salía una sola vez el sol, sin alumbrarle en algún punto del globo; este placer les embriagaba de tal modo, que se sacrificaban á él montañas de oro, y podía estar bien seguro el que se le ofrecía al pueblo, de llegar á las primeras dignidades del imperio, aun cuando fuere el hombre más miserable.

IV

Cualquiera convendrá, en que no es más difícil convertir lobos en corderos, trozos de granito en hijos de Abraham. que hacer aceptar á hombres semejantes, y en semejante siglo, el dogma y la moral del Cristianismo.

CAPÍTULO IX

Sexta dificultad

LOS CALUMNIADORES

I

Apenas apareció el Cristianismo, mil voces calumniadoras se levantaron contra él, le siguieron, le acompañaron, le precedieron en todos sus pasos arruinando sus primeras conquistas y haciendo imposibles las demás que intentaba. Enemigos en todo lo demás, los judíos y los paganos se habían unido para formar este formidable concierto, cuyos ecos hacían resonar desde el Oriente al Occidente.

II

Hombres de la nada, renegados, calificados blasfemos, sediciosos, destructores de la verdadera Religión, enemigos de la Patria y de Dios, perturbadores del reposo público, profanadores

de la Escritura, fanáticos que llevaban su audacia sacrílega hasta sustituir al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob con un insigne malhechor, condenado jurídicamente á muerte por sus crímenes y ejecutado por el verdugo: tal era, con otras muchas injurias, la definición de los cristianos que daban los judíos.

III

Los cristianos, decían á su vez los paganos, son unos ateos, cuya impiedad provoca la cólera de los dioses inmortales; unos magos tenebrosos, que para lograr mejor sus criminales designios, no quieren entre ellos ni sabios, ni virtuosos, ni nobles, ni ricos; sino solamente gente tonta é incauta, pobres, niños, mujerzuelas, esclavos, malvados, como los que han inventado esta abominable superstición, cuyo Jefe, entregado por su misma nación á Pilatos, sufrió justamente el infame suplicio de la cruz; monstruos en forma

humana, que en sus festines nocturnos degüellan un niño, para beber su sangre y comer con delirio su carne aun palpitante, entregándose después á los más infames desórdenes.

IV

Estas calumnias habian prevalecido hasta tal punto, que el nombre de cristiano llegó á ser el de todos los crímenes, de manera que bastaba llevarle para, sin otro examen, ser juzgado digno de todos los suplicios y del odio del género humano. Nerón hizo quemar una enorme multitud, *multituto ingens*, de reos de este crimen que les encerraba todos. Al ser conducidos al suplicio, les precedía un heraldo pregonando: Es un cristiano, un enemigo de los emperadores y de los dioses, *Cristianus, inimicus Deorum et Imperatorum.* Y esto bastaba para extinguir todo sentimiento de piedad hacia ellos.

CAPÍTULO X

Séptima dificultad

LOS HEREJES

I

Perseguido por el odio universal, no tenía el Cristianismo otra defensa que la estrecha unión de sus miembros. Pero bien pronto surge del seno mismo de la nueva religión un obstáculo, el más lamentable acaso.

II

Se introduce la división entre los cristianos, aparecen los herejes. A pocos pasos del cenáculo, de donde acaba de salir el Cristianismo, levantan altar contra altar. Viviendo todavía los Apóstoles, alteran la doctrina del Maestro, llegando hasta negar su divinidad. Con su rebelión, debilitan la

autoridad de los Pastores en el ánimo de los neófitos. Con sus historias llenas de falsedades, conmueven la autenticidad de los Evangelios. Con sus costumbres, más todavía que con sus discursos, predican monstruosos errores que dan origen á sectas abominables.

III

Estas sectas pupulan como la cizaña. En menos de un siglo, nacen más de cuarenta. Se las encuentra en todas partes, en Asia, en Europa, en Africa. No puede dar un paso la verdadera religión, sin que ellas vayan en su seguimiento para desacreditarla. Son sus autores, ó sus más ardientes propagadores, sabios, hombres del pueblo, mujeres sobre todo, y hasta diáconos y presbíteros.

Aprovechándose de esta división, repiten de concierto judios y paganos, que los cristianos no merecen confianza alguna, pues tan mal avenidos se hallan entre sí.

Y en verdad, ¿cómo creer á predicadores que unos dicen *sí* y otros *nó*? Lo más que podía concedérseles eran la indiferencia y el desprecio.

CAPÍTULO XI

Octava dificultad

LOS FILÓSOFOS

I

Después de los herejes vienen los filósofos judíos y paganos. Jamás fueron tan numerosos y tan hostiles á la verdad. Procuran con diligencia recoger cuantos rumores corren acerca de los cristianos. Se informan de lo que pasa en la nueva religión, y confundiendo intencionalmente á los verdaderos fieles con los herejes, imputan al Cristianismo los errores que condena y las abominaciones que reprueba. Ni las Escrituras ni las apologías escapan á sus investigaciones.

II

Pertrechados con todas sus armas, se creen en el deber de probar en sus escritos que todos los rumores que circulan acerca de los cristianos son fundados; que son en efecto ateos, enemigos de los emperadores y de los dioses, en una palabra, tan malvados, como les presenta la fama; que sus doctrinas son un fárrago de desvaríos, contradicciones é impiedades. Citas, sarcasmos, razonamientos, erudición, elocuencia, ingenio, nada falta en sus obras.

III

No olvidan objeción ninguna, por más que á partir del cuarto siglo, no hayan podido encontrar alguna nueva los más hábiles enemigos de la religión. La causa está juzgada. El pueblo, acostumbrado á creer siempre sobre la palabra de los sabios. se confirma inquebrantablemente en su opinión sobre los cristianos. Reasume

esta opinión en las palabras sanguinarias, que resuenan durante muchos siglos en los cuatro ángulos del mundo: Los cristianos á los leones. *Christianos ad leones.*

CAPÍTULO XII

Novena dificultad

LOS SATÍRICOS

I

A la vez que los calumniadores arrojan el Cristianismo á la execración universal que los herejes desgarran su seno, y los filósofos le desacreditan ante las personas instruidas, los satíricos se apoderan de él y le entregan á las risas del pueblo.

II

Para formar una idea, aunque sea algún tanto imperfecta, del efecto que debieron producir en las clases igno-

rantes de Roma y Atenas las comedias bufas, las caricaturas innobles, los chistes más ó menos groseros, con los que, ridiculizando el Cristianismo, era arrojado en pasto á muchedumbres ignorantes y depravadas, basta recordar lo que hemos visto nosotros mismos y vemos todavía.

III

Para popularizar el odio y el desprecio del Padre Santo, del dulce y augusto Pío IX, se le ha sacado al teatro. Una comedia sobradamente famosa, le ha presentado durante ciento seis representaciones seguidas, como un tirano, que hollando con sus pies los sagrados derechos de la autoridad paterna, merece la censura de unos, el aborrecimiento de otros, y el desprecio de todos. Más de cien veces, los engañados espectadores han manifestado sus disposiciones hostiles, con reprobaciones enérgicas y lágrimas de compasión por las pretendidas víctimas del despotismo pontifical.

IV

Del mismo modo, para extinguir en las masas el temor saludable de los castigos eternos, nada se ha encontrado mejor que profanarles y ridiculizarles en la comedia, por tanto tiempo representada: *La belleza del Diablo.*

V

Inútil es añadir que á las comedias se juntan los libelos y las caricaturas. Tan infalible es á los ojos de los enemigos de la religión, el efecto de semejantes armas, que se ingenian para inventar cada día otras nuevas, seguros de provocar siempre, sino el odio, á lo menos el alejamiento, el desprecio y la incredulidad.

VI

Ninguno de estos ataques faltó al Cristianismo naciente. Libelos escritos con el espíritu de Voltaire, pusieron en ridículo la nueva religión. Los

chistes corrían de boca en boca, sin respetar los hombres, las cosas, ni las virtudes del Cristianismo. Algunos de estos libelos eran obligatorios en las escuelas, de modo que las generaciones nacientes, se educaban en el más profundo desprecio del Cristianismo. Las artes también se pusieron de su parte. Los discípulos del Crucificado eran representados, en los mismos muros del palacio imperial, de rodillas ante un hombre crucificado con cabeza de asno.

VII

Para acabar de ridiculizar la nueva religión, los cómicos la pusieron en escena, en sainete más burlesco los unos que los otros. Las más augustas ceremonias, los más santos misterios, las leyes más respetables, representadas por histriones en presencia de los emperadores, quedaban marcados con el ridículo, que alejaba de ellas más que el hierro de los verdugos. ¿Cómo

es posible adorar hoy lo que se acogió ayer con risas y desprecios?

CAPÍTULO XIII

Décima dificultad

LOS PROGRESOS DEL CRISTIANISMO

I

Hasta los mismos progresos del Cristianismo fueron un obstáculo para su propagación y una perpetua amenaza á su existencia. Entre los que oían á los Apóstoles, unos, dóciles á la gracia, abrazaban la verdad; otros se obstinaban en el error.

II

Los hijos se hacían cristianos y los padres permanecían paganos. Los esclavos bautizados rehusaban servir de juguete para los abominables capri-

chos de sus señores; los compradores de ídolos, de víctimas y de perfumes, no iban ya á casa de los mercaderes, cuya fortuna hacían.

III

Se dividían las familias; se desconocían los lazos de la sangre. El hermano denunciaba á su hermano; el padre á su hijo; el esposo á su esposa; el dueño á su esclavo; el amigo á su amigo. Las relaciones sociales se alteraban ó se rompían. Poco á poco en las ciudades y en las aldeas se formaron dos campos armados el uno contra el otro. Estas intestinas divisiones dejaban sentir sus efectos. Llevadas ante los tribunales, apasionaban al público en contrarios sentidos, y provocaban explosiones de odio y maldiciones contra los nuevos predicadores y contra sus doctrinas.

CAPÍTULO XIV

Undécima dificultad

LAS PERSECUCIONES

I

Como las olas del mar se elevan en un día de tempestad hasta la cima de las rocas que bordan la ribera; así esta multitud de calumnias, de acusaciones, de querellas, de divisiones intestinas subió hasta el trono imperial, en el que estaban sentados los Nerones, los Domicianos, los Decios y los Dioclecianos.

II

Para ellos todo esto eran hechos inconcusos é indubitables. El Cristianismo es un elemento de discordia, una secta malvada; los cristianos son perturbadores que comprometen la tranquilidad pública y la prosperidad del

imperio; impíos que provocan la cólera de los dioses, cuyo culto es la garantía de la eterna dominación de Roma. Si los bárbaros amenazan las fronteras, si las legiones imperiales sufren una derrota, si se desborda el Tíber, si el cielo rehusa la lluvia, si tiembla la tierra; si se hace sentir la carestía, si hay peste, los cristianos son responsables de todo ello.

III

Entonces se decretaron esas persecuciones famosas, esos degüellos en masa que todo el mundo conoce, y que debieron ahogar mil veces la nueva religión en la sangre de sus discípulos. En una época en que era objeto de diversión la vida de los hombres, en que los más atroces tormentos eran los que más ansiaban los espectadores, ni el rango, ni la edad, ni el sexo eran perdonados. Los suplicios ordinarios parecen sobrado benignos para aquellos á quienes se considera como enemigos

de los dioses y del estado. Se inventan y se renuevan tormentos que hacen estremecer.

IV

Los cristianos son azotados con varas, puestos en el tormento, desollados con garfios de bronce, hechos trizas con hierros, consumidos por fuego, clavados en la cruz. Es objeto de diversión verlos hacer pedazos por perros, y devorar por leones. Les cubren con planchas inflamadas, les sientan en sillas ardientes, les sumergen en aceite hirviendo, les queman á fuego lento. Les trituran bajo ruedas de molino, les dividen en pequeños pedazos, les entierran vivos. En sus cuerpos cubiertos de heridas, desgarran únicamente llagas. Se prolongan con crueldad los momentos que les quedan de vida, eligiendo entre los suplicios, los que les hacen morir más lentamente; y se les cura con un cuidado bárbaro, para ponerles en estado de sufrir de nuevo.

V

Para ellos está extinguida la compasión del corazón humano. Se aplauden sus suplicios con gritos de alegria. La misma muerte no les pone á cubierto de sus perseguidores, que se enfurecen contra sus tristes restos. Les reducen á cenizas, y las arrojan á los ríos ó las esparcen por el viento. para que desaparezcan completamente. Roma se embriaga con su sangre, la hace correr á ríos, y su odio no se siente nunca satisfecho.

VI

Una vez encendida la persecución en la capital, se comunica como un vasto incendio, por todas partes, extendiéndose hasta los confines del imperio, que abarcaban casi todo el mundo. No es una persecución de algunos días; hay que contar por siglos el tiempo de los sufrimientos de la nueva religión. No se la puede seguir durante trescien-

tos años, sino por las huellas de la sangre que la hacen derramar, y á la luz de las hogueras encendidas contra ella.

VII

A la persecución de la sangre hay que juntar la de las caricias; se procura seducir á los que no se puede vencer. Riquezas, honores, placeres, dignidades, el favor de los príncipes, todo se promete para ganar aquellos hombres, sordos al dolor, contra los cuales se embotan los tormentos, y para quienes no tiene la muerte aguijón Todo se pone por obra para anonadar el nombre cristiano.

VIII

Poneos ante la vista todas las dificultades que acabamos de enumerar; y después, dejando libre el vuelo á vuestra imaginacion, decid si conocéis tentativa más gigantesca y empresa más imposible que el establecimiento del Cristianismo.

CAPÍTULO XV

DEBILIDAD DE LOS MEDIOS

I

La revolución que se trata de obrar es, sin disputa, la más difícil que puede concebirse. Sin embargo, pueden ser tan poderosos los medios, y tan bien proporcionados al fin, que insensiblemente se logre la empresa, al parecer más imposible. Es de esperar, y el buen sentido así lo exige, ver aparecer seres tan extraordinarios como la misión que les está confiada.

II

Pero como la humanidad no les tiene á semejante nivel ¿será, sin duda, la naturaleza angélica la que suministrará los héroes de esta asombrosa conquista?

Nó.

¿Quién pues?

La humanidad.

Al menos ¿se elegirán entre los hombres, los más distinguidos por la superioridad del talento, por la nobleza del origen, por el brillo de la dignidad, por la grandeza de la fortuna, por la extensión del poder los Césares, señores del mundo?

Nó.

Al menos ¿serán griegos famosos por su sabiduría y elocuencia; ó romanos cuyo solo nombre hace temblar á los reyes sobre sus tronos?

Nó.

¿Pues quiénes?

Bárbaros.

Pero al menos ¿serán los más ilustres bárbaros; egipcios, padres de las ciencias; galos ó partos, temibles á la misma Roma?

Nó: un poco menos.

III

¿Quiénes, pues?

Judíos, pueblo despreciado por todos los pueblos.

¿Pero serán los jefes de la nación, los Sumos Sacerdotes, los ricos, los sabios?

Nó.

¿Quiénes, pues?

Hombres del bajo pueblo, pescadores de profesión.

IV

Pero bajo una grosera cubierta, ocultarán sin duda alguna los más hermosos dones del genio, ¿serán muy elocuentes?

Apenas saben hablar su propia lengua.

¿Serán muy sabios?

No saben más que su humilde oficio.

¿Serán muy ricos?

No tienen otra fortuna que su barca y sus redes.

¿Serán muy virtuosos?

El uno es reo de un perjurio, otros culpables de envidia y de ambición. Todos pasan por hombres infames y de mala vida.

¿Serán héroes por el valor?

El más valiente de entre ellos se estremece como una hoja á la voz de una criada.

A lo menos, podrá suplir su número al valor, ¿serán millares?

Son doce, ni más ni menos.

V

Sí, doce pescadores, doce judios, es decir, los últimos hombres de la última de las naciones; ó según la exacta expresión de uno de ellos, *la basura del mundo:* tales son, según el testimonio unánime de judios y paganos, de incrédulos y creyentes, los héroes de la más colosal empresa que haya existido jamás.

VI

Estos son los que deben presentarse en las más civilizadas Cortes, hablar ante las academias más ilustres, ser los doctores de los reyes y de los pueblos, convencer de locura á los sabios, de ignorancia á los filósofos, al mundo entero de error y de maldad.

Apelad á todos los recursos de vuestro ingenio, é intentad encontrar una empresa que ofrezca una desproporción tan grande entre los medios y el fin que se intenta conseguir.

¡Doce pobres pescadores para *convertir el universo*!

¡Qué locura!

CAPÍTULO XVI

Grandeza del resultado

I

¿Cuál será el resultado de esta empresa? Esta pregunta está contestada por sí misma. ¿Qué resultado pueden prometerse estos hombres, que teniendo que vencer todas las oposiciones no emplean para lograrlo sino obstáculos?

II

De una parte están dos religiones, dueñas del mundo, el judaismo y el paganismo. La una verdadera, aunque transitoria, cuenta con la adhe-

sión enérgica de los que la profesan esparcidos por todas las regiones de la tierra.

La otra es falsa; pero es una religión fasinosa y agradable, que se cree establecida por los dioses, que se tiene por tan antigua como el mundo, á la que se mira como la base de la prosperidad pública.

De otra parte está una religión severa, sencilla, nueva, enemiga de las costumbres nacionales y del orden establecido.

De una parte los sabios, los filósofos, los hombres de talento, los magistrados, los emperadores, el ejército, el universo entero; de la otra, algunos ignorantes, sin defensa, sin apoyo, sin recursos. De una parte, la autoridad, la crueldad, el furor; de la otra, la debilidad, la paciencia, la muerte. De una parte los verdugos; de otra las víctimas.

III

¿De quién será la victoria?

Del mundo, dice la razón.

De los doce pescadores, contesta la historia.

Sí: la historia profana, escrita por los mismos judíos y paganos, testigos oculares de los acontecimientos y enemigos mortales de los cristianos. Esta historia nos dice, que el resultado obtenido por los pescadores galileos, fué rápido, formal, efectivo y durable.

CAPÍTULO XVII

Resultado rápido

I

El dia mismo en que estos extraños predicadores aparecen en público, tres mil judíos caen á sus pies y abrazan su doctrina. Al dia siguiente, les imitan otros cinco mil. Con la rapidez del rayo que surca la nube, con la actividad del fuego que consume un cañaveral seco, el Cristianismo ganó la Samaria, la Siria, la Asia Menor; Smirna, Efeso, Corinto y Atenas le

abren sus puertas. La Arabia, la India, la Persia, la Armenia, la Etiopia, la Libia, el Egipto le dieron innumerables discípulos.

II

Del Oriente pasa al Occidente, y en pocos años, Roma, corte de Nerón y ciudadela de la idolatría, se encuentra poblada de una multitud inmensa de cristianos, *multitudo ingens*. Las Galias, las Españas, la Gran Bretaña, la Germania los cuentan por millares.

III

Así lo había anunciado Jesús de Nazareth: Mi doctrina, decía un dia á sus discípulos, dará vuelta al mundo antes de la ruina de Jerusalén, es decir, en menos de treinta años (1).

Los acontecimientos se adelantan á la profecía. A los diez años, tiene el Crucificado adoradores en todas las partes del universo (2). Cuarenta años

(1) San Mateo, XXIV, 4.
(2) Carta de San Pablo á los Romanos.

más tarde, según el testimonio de los mismos perseguidores, el Cristianismo pulula en todas las provincias del imperio (1).

IV

Bien pronto un apologista del Cristianismo, Tertuliano, dirá, sin temor de ser desmentido, ante los magistrados romanos: «Somos de ayer, y todo lo llenamos, vuestras ciudades, vuestras islas, vuestras fortalezas, vuestras colonias, vuestras aldeas, vuestras asambleas, vuestros campos, vuestras tribus, vuestras decurias, el palacio del emperador, el Senado, el Foro: solamente os dejamos los templos...»

«Podríamos sin revelarnos abiertamente, haceros experimentar una ignominiosa derrota; bastaría para ello que nos separásemos de vosotros. Si esta inmensa multitud llegara á abandonaros, para establecerse en cualquiera región lejana, la pérdida de

(1) Véanse los edictos de persecución y la carta de Plinio á Trajano.

tantos ciudadanos de todas las condiciones desacreditaría vuestro gobierno, y os habría suficientemente castigado. Espantados de vuestra soledad, de la paralización de los negocios, y del estupor del mundo entero, heridos de muerte, tendríais que buscar á quien mandar, pues os quedarían más enemigos que ciudadanos (1).»

V

Así que, mientras Roma, siempre armada, tuvo necesidad de setecientos años de victorias para formar su imperio, el Cristianismo desarmado reina desde su origen sobre todas las naciones, y la cruz de Jesucristo es enarbolada en lugares en que jamás apareció el águila de los Césares. En menos de tres siglos desde su salida del Cenáculo, la nueva religión ha subyugado á la misma Roma; y tranquilamente sentada sobre el trono imperial, empuña el cetro del mundo.

(1) Apolog. c. XL.

CAPÍTULO XVIII

Resultado formal

I

Este apresuramiento por abrazar el Cristianismo no es una especulación que pueda enriquecer, ni un asunto de moda que halague la vanidad, ni un entusiasmo momentáneo, más propio de una ligereza que de la reflexión, ni una determinación indiferente que á nada obliga.

II

Hacerse cristiano es consentir en la confiscación de sus bienes y en la pobreza; condenarse á los insultos, á los desprecios, al odio de los hombres, al furor del pueblo, á la cólera de los Emperadores, al destierro, á la persecución; en una palabra, es firmar su sentencia de muerte. ¡Y qué muerte, gran Dios! Una muerte en medio de las más horrorosas torturas, una muer-

te en medio de los aplausos de todos los espectadores.

III

Pues bien, esta sentencia de muerte está firmada, no por algunos fanáticos que mueren por sostener una opinión, sino por testigos de vista que afirman hechos sensibles vistos con sus ojos y tocados con sus manos. Está firmada, no en un rincón del mundo, no durante algunos meses ó algunos años. Está firmada, y hasta solicitada con ardor y aceptada *con acciones de gracias*, por multitudes innumerables de hombres, de mujeres, de niños, de doncellas, de viejos, de senadores, de cónsules, de generales, de sabios, de filósofos, de ricos y de pobres: en todas las regiones que alumbra el sol: ¡y esto durante tres siglos!

IV

En vano se multiplican los edictos de proscripción y caen sobre los cristianos como el granizo en un día de

tempestad; en vano legiones de procónsules, llevando consigo armadas de verdugos y el formidable atavio de todos los géneros de suplicios, recorren las provincias para causar espanto: en vano se levantan cadalsos en todas partes; en vano se encienden hogueras en todos los puntos del imperio; en vano las bestias feroces que pueblan los bosques de la Germania, ó que se ocultan en los desiertos de Africa, son traídas á millares á los anfiteatros y á los circos para devorar cristianos; el fuego de la persecución sólo sirve para aumentar el ardor del martirio.

V

Desde lo alto de su trono mandan los señores del mundo adorar sus dioses, y se les desprecia. Desde lo alto de su Cruz, manda Jesús venir á él, y á él se corre desde los calabozos y las hogueras. Todo el Olimpo se estremece sobre sus altares. Los magistrados palidecen en medio de sus haces. Se cansan los verdugos; el hacha embo-

tada se les escapa de las manos, y hechos también cristianos, mezclan su sangre con la de sus víctimas.

Si leéis las actas de este gigantesco combate, encontraréis, según los cálculos más concienzudos, *once millones* de mártires durante los tres primeros siglos. De este número, Roma sólo cuenta más de dos millones.

CAPÍTULO XIX

Resultado efectivo

I

El Cristianismo no obra solamente sobre la superficie, penetra en las profundidades de la humanidad. Bajo su acción, los corazones más débiles se fortifican, los vicios más arraigados hacen lugar á sólidas virtudes. La humildad vence al orgullo; la dulzura y el perdón de las injurias á la ira y á la crueldad: y donde Augusto no podía hallar siete Vestales, hace germinar un pueblo de vírgenes.

II

Las ideas experimentan un cambio análogo. A los groseros errores, á las incertidumbres eternas sobre Dios y sobre la Providencia; sobre el hombre, su naturaleza y sus destinos, sobre el mundo, su origen y el fin de su existencia, suceden conocimientos tan precisos y completos, que son hoy todavía causa de la superioridad de las naciones cristianas sobre el mundo pagano. Prolongando su saludable influencia, la nueva religión modifica todas las leyes del género humano en el orden religioso, en el civil y en el doméstico.

III

En el orden religioso. Las innumerables divinidades que bebían la sangre de los hombres y se honraban con sus crímenes, son derribadas de sus altares del uno al otro polo, la unidad de Dios brilla sobre el mundo, como el sol naciente sobre la naturaleza. Con su pura y viva luz, este dogma alum-

bra, embellece y vivifica la humanidad.

IV

En el orden político. Gracias á la doctrina de Jesús de Nazareth, los pueblos cesan de ver otros tantos enemigos en los extranjeros. La máxima salvaje: maldición á los vencidos, *vae victis*, es borrada de las enseñas militares y olvidada por los vencedores. La ley de la caridad, que hace todos los hombres miembros de una misma familia, sucede á la ley del odio, antigua base de las sociedades paganas.

V

En el orden civil. La esclavitud fué abolida de derecho por la promulgación del Cristianismo, y de hecho tan pronto como lo permitieron las circunstancias. Entre tanto, el esclavo dejo de ser considerado como una cosa, de la que era lícito usar y abusar; como un sér de naturaleza inferior al que se puede ultrajar sin piedad; al que se

crucifica por haber dejado escapar un pájaro de la jaula, y se le entrega á las murenas por haber roto un plato.

Ninguno hay, ni aun el pobre, hasta objeto entonces del odio y desprecio universal, que no llegue á ser un sér querido, un sér sagrado, para el cual se levantan palacios, y á quien da el rico su oro para alimentarle, sus hijos para protegerle, sus hijas para cuidarle y á sí mismo, en fin, para servirle.

VI

En el orden doméstico. Restablecido á su dignidad primitiva, ¿qué digo? á una dignidad más alta, el matrimonio es santificado en el acto que le constituye, como en todos los deberes que impone. Los dos cánceres de las sociedades paganas, la poligamia y el divorcio, autorizados por todas las legislaciones antiguas, constituyen un doble crimen. Reconstruida sobre la base de la unidad y de la indisolubilidad, la familia recobra su vigor y su nobleza. El padre cesa de ser un dés-

pota. la mujer una esclava, el niño una víctima.

CAPÍTULO XX

Resultado durable

I

Al dirigir vuestra mirada sobre el mundo, ¿qué es lo que veis? Ruinas y más ruinas: ruinas materiales y ruinas morales. Por todas partes se manifiesta lo que es el hombre en la fragilidad de sus obras. Cayó Babilonia; cayó Nínive; cayó Menfis. Cartago, Tebas, Esparta no existen ya. De Atenas y Corinto solamente quedan ruinas. La misma Roma, reina suprema de las naciones, á la que habían prometido los dioses la eternidad; Roma, que se persuadía de haber anonadado hasta el nombre cristiano, duerme sepultada con sus dioses y Césares, bajo las mutiladas ruinas de sus palacios y de sus templos.

II

¿Qué son ya las instituciones de los más célebres pueblos, los sistemas de los más renombrados filósofos, los códigos de los más sabios legisladores? ¿Dónde están las inteligencias que se alimentan y las sociedades que viven de ellos? Desconocidos del vulgo, sin autoridad, sin aplicación, simple objeto de curiosidad para el erudito, figuran estas obras maestras del genio entre los conocimientos humanos, casi casi como las momias egipcias en un museo de antigüedades.

Todo ha cambiado, todo ha desaparecido, todo ha muerto. Instituciones, sistemas, leyes, imperios se han hundido veinte veces al cabo de dieciocho siglos, para hacer lugar á otras instituciones, á otros sistemas, á otras leyes y á otros imperios que han sido á la vez derribados por creaciones no menos frágiles.

III

¿Sucederá lo mismo con el edificio levantado por los pescadores galileos? Diecciocho siglos de duración os responden: su obra está exenta de la caducidad de las cosas humanas. La revolución que obraron no es un cambio pasajero, que un siglo vió realizar, y el siguiente ve desaparecer. A diferencia de todos los demás acontecimientos consignados en la historia, la conversión del mundo al Cristianismo, es un hecho siempre subsistente. Fuera de él, todo es variedad, fragilidad, ruina.

IV

La sociedad fundada por el Judio crucificado, única, inmutable, no ha perdido ni uno solo de sus dogmas, ni una sola de sus leyes. El mundo civilizado vive todavía con sus doctrinas. Tan joven como al salir de la cuna, tan vigorosa como en los días de su adolescencia, desafía igualmen-

te la barbarie de los pueblos, el despotismo de los reyes, las tempestades de las pasiones agitadas, el hacha de los verdugos, los sofismas de la impiedad, los escándalos de sus propios hijos, y permanece de pie entre los esparcidos restos de todas las creaciones humanas.

¿Conocéis un acontecimiento que pueda explicarse menos por las enseñanzas de la historia ó por los datos de la ciencia?

CAPÍTULO XXI

Una suposición

I

Acabamos de leer en toda su simplicidad el hecho del establecimiento del Cristianismo, referido de común acuerdo por judíos, paganos y cristianos, todos testigos oculares. No le juzgamos, le hacemos constar. Únicamente, a fin de hacer resaltar lo que hay en

él de más sorprendente, vamos á resumirle en la suposición siguiente.

II

Trasladarémonos con el pensamiento al momento en que el Cristianismo apareció sobre la tierra, y supondremos con San Juan Crisóstomo, que un filósofo pagano se encuentra con el Hijo de María, al comenzar á predicar su doctrina. Jesús está solo, camina á pie, con un báculo en la mano, vestido como un obrero.

—¿Dónde vas?—le pregunta el filósofo.

—Voy á predicar mi doctrina.

—¿Qué pretendes al predicar por las poblaciones de la Judea, lo que llamas tu doctrina?

—Convertir al mundo.

—Hacer abandonar al mundo sus dioses, su religión, sus usos, sus costumbres, sus leyes para que adopte tus máximas:—¿serás, pues, más sabio que Sócrates, más elocuente que

Platón, que no pudo jamás imponer sus leyes á una sola aldea del Atica?

No me tengo por sabio.

III

—¿Quién eres pues?

—Se me conoce por el hijo de un pobre carpintero de Nazareth.

—¿Por qué medios secretos has preparado el resultado de tu empresa?

—Hasta ahora he pasado mi vida en el taller de mi padre, trabajando con él para ganar el pan de cada día. Hace algún tiempo que recorro el país. Algunos discípulos me siguen; á ellos confiaré el encargo de establecer mi doctrina entre las naciones.

IV

—¿Tus discípulos serán personas tan distinguidas por la nobleza de su linaje, como por la superioridad de su talento?

—Mis discípulos son doce pescadores que no conocen más que sus barcas y sus redes, doce judíos, y ya

sabéis lo que valen los judíos en la estimación de los demás pueblos.

—¿Entonces, contarás con la protección de algún poderoso monarca?

—Mis mayores enemigos serán los reyes y los grandes del mundo; todos se armarán para anonadar mi doctrina.

—¿Poseerás inmensas riquezas, y haciendo brillar el oro ante los ojos de los pueblos, te será fácil crearte adoradores?

—No tengo ni aun donde reposar mi cabeza. Pobres por su nacimiento, mis discípulos lo serán todavía más por mis órdenes. Como yo, vivirán de limosnas y del trabajo de sus manos.

V

—¿Fundas acaso en tu misma doctrina la esperanza del resultado?

—Mi doctrina descansa sobre misterios, que tendrán los hombres por locuras. Quiero, por ejemplo, que enseñen mis discípulos que yo he criado el cielo y la tierra, que soy Dios y hombre á la vez; que he muerto en

una cruz entre dos ladrones, porque en este suplicio habré de concluir mi vida. Añadirán que tres dias después he resucitado y que me han visto subir al cielo.

VI

—¿Si tu doctrina es increible, al menos será muy cómoda tu moral; ella halagará, sin duda, todas las pasiones?

—Mi moral combate todas las pasiones, condena todos los vicios, manda todas las virtudes, y castiga con suplicios eternos el solo pensamiento del mal.

—¿Prometerás magníficas recompensas á los que quieran abrazarla?

—En esta vida les prometo los desprecios, el odio del género humano, las prisiones, las hogueras, la muerte bajo todas sus formas; y después de ella, les hago esperar recompensas que la inteligencia humana no puede comprender.

VII

—¿En qué lugares y á qué hombres pretendes enseñar semejante filosofía? Acaso en algún rincón oscuro de tu pobre país, y á algunos ignorantes como esos á quienes llamas tus discípulos.

—Mi doctrina será predicada en Jerusalén delante de la Sinagoga; en Atenas ante el Areópago; en Roma en el palacio de los Césares; en todas partes en presencia de los reyes y de los pueblos, en las ciudades y en las campiñas, hasta las extremidades del mundo.

—¿Y te haces la ilusión de conseguir tu objeto?

VIII

—Sin duda alguna; al poco tiempo seré reconocido en todas partes como el solo Dios del cielo y de la tierra. El mundo va á cambiar de aspecto; caerán los ídolos, y acudirán de todas partes los pueblos á abrazar mi doc-

trina. Los mismos reyes se arrodillarán ante el instrumento de mi suplicio, y le colocarán sobre su corona como su mejor ornamento. Por doquiera tendré templos y altares, sacerdotes y adoradores. Acaso un día derramaréis vos mismo la sangre para atestiguar la divinidad de mi persona y la verdad de mi doctrina.

—¡Pobre idiota! tu sitio no es este; está en una casa de locos. Vuélvete, al menos, para no salir de allí jamás, al taller de tu padre. Tu proyecto es el colmo de la extravagancia.

IX

El filósofo tiene razón. A los ojos del sentido común, es el colmo de la locura, el intentar convertir al mundo con doce pescadores, en el siglo de Augusto y á despecho de todas las fuerzas humanas. Sin embargo, ahí está la historia, la historia profana para atestiguarlo; este intento ha sido llevado á cabo: lo ha sido de la mane-

ra y por los medios que Jesús había predicho, lo ha sido rápidamente.

Sobre este hecho siempre subsistente-se apoya el CREDO del cristiano.

X

Cuando Proudhon, Renan, Strauss, Kardec, con toda la cáfila de incrédulos, filósofos ó espiritistas, antiguos y modernos, hayan destruído este hecho, podrán jactarse de haber derrumbado la base de nuestra fe. Hasta tanto, nos reiremos de sus ataques de pigmeos, y les devolveremos, pues les pertenecen con pleno derecho, *las calificaciones* de ignorancia, incredulidad é imbecilidad que nos dan gratuitamente.

XI

Si el filósofo de que acabamos de hablar apareciera hoy día en la tierra y viese como nosotros, la religión de Jesús de Nazareth, todavía dominando el mundo civilizado, ¿dudaría del milagro de su establecimiento? ¿No exclamaría lleno de admiración: Todo

esto es sobre las fuerzas humanas, todo esto es obra de Dios: *Incredibile ergo divinum?*

Sin embargo, antes de aceptar la explicación del filósofo, veamos si es posible encontrar otra. A fin de ayudarnos en este trabajo, comencemos por resumir los hechos que preceden.

CAPÍTULO XXII

Resumen y desenvolvimiento

I

Acabamos de referir el hecho del establecimiento del Cristianismo, como hubiéramos contado cualquier otro hecho, sin expresar ninguna opinión sobre la causa, humana ó divina, de la revolución más sorprendente que haya existido jamás. Sea como parte integrante, sea como consecuencia inmediata, esta revolución envuelve los hechos siguientes que nadie puede negar, sin cerrar los ojos á la luz, ó sin destruir toda certidumbre histórica.

II

PRIMER HECHO. Hace mil ochocientos años el mundo civilizado era pagano.

SEGUNDO HECHO. En la actualidad el mundo civilizado es cristiano.

TERCER HECHO. El tránsito del Paganismo al Cristianismo es obra de un hombre llamado Jesús de Nazareth, ayudado por doce pescadores.

CUARTO HECHO. Jesús Nazareno es un Judío crucificado.

QUINTO HECHO. Un Judío y un Judío crucificado, es todo lo que hay de más despreciable en la tierra.

SEXTO HECHO. Hace mil ochocientos años el mundo civilizado adora á este Judío crucificado. Lo ha hecho y lo hace libremente, sin ser compelido á ello por la fuerza, ni atraído por los halagos de los placeres ó de las riquezas.

III

SÉPTIMO HECHO. Por tener la dicha de adorar á este Judío crucifi-

cado, once millones de mártires, de todas las condiciones y de todos los países han aceptado alegremente la muerte, durante trescientos años, en medio de los más atroces suplicios. Millares de otros han seguido después su ejemplo, y le siguen en la actualidad, siempre que la ocasión se presenta.

Por tener la misma dicha, hombres y mujeres, de todas las edades, condiciones, países, en número incalculable, combaten diariamente y sin cesar sus más queridas inclinaciones, se entregan á las más duras austeridades, abandonan su familia, dan á los pobres sus bienes, y consagran gratuitamente sus personas al servicio de las más asquerosas miserias.

IV

OCTAVO HECHO. Adorando al Judío crucificado, ha ganado el mundo extraordinariamente en luces, en virtudes, en libertad, en civilización.

Testigo el más pequeño niño cris-

tiano, que sobre lo que únicamente importa saber al género humano, Dios, la Providencia, el hombre, su naturaleza, sus deberes, su fin, sabe mucho más que los grandes filósofos del mundo antiguo, Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, Séneca.

Testigo la más ignorada aldea cristiana, en la que se encuentra más dignidad para el hombre, más libertad para la mujer, más seguridad para el niño, que la que se conocía en todo el mundo pagano.

Testigos todos los pueblos de Europa y América, que de bárbaros y salvajes que antes eran, han llegado á ser, adorando al Judío crucificado, los príncipes de la civilización.

Testigo el mundo entero, que manifiesta la luz, la civilización, y la libertad en todos los países que adoran al Judío crucificado.

V

NOVENO HECHO. Todas las naciones que no adoran al Judío cruci-

ficado permanecen envueltas en las tinieblas de la barbarie, encadenadas en los lazos de la esclavitud, estacionarias en la marcha de la civilización.

Testigos los Chinos, los Judíos, los Turcos, los Árabes, los Negros, los Oceánicos; en una palabra, testigo el mundo todo.

VI

DÉCIMO HECHO. Ninguna nación ha salido ni sale de la barbarie *ilustrada* ó ignorante, ninguna rompe las cadenas de la esclavitud, ninguno camina en la senda del progreso, sino adorando al Judío crucificado, y á proporción del fervor con que le adora.

Testigos todas las naciones antiguas y modernas, testigo la historia universal.

VII

UNDÉCIMO HECHO. Toda nación que deja de adorar al Judío crucificado, comienza por perder sus costumbres, su paz, su prosperidad, y conclu-

ye por desaparecer ó recaer en las tinieblas de la barbarie, en las cadenas de la esclavitud, y por retroceder en el camino de la civilización; y esto en razón directa de su abandono del Judío crucificado.

Testigos todas las naciones del Asia y del África en las que la ignorancia disputa con la degradación.

Testigos las naciones de la Europa moderna, donde todo es turbación, malestar, odio, confusión de ideas y sistemas, revoluciones y trastornos.

VIII

DUODÉCIMO HECHO. El Judío crucificado permanece sobre los altares del mundo civilizado hace dieciocho siglos, á pesar de los formidables ataques renovados sin cesar, de los tiranos armados del hacha, de los impíos armados del sofisma, de los satíricos armados del sarcasmo, de los hombres perversos armados de todos los instintos brutales de la naturaleza corrompida.

Por una excepción única en los anales del mundo, el Cristianismo subsiste en medio de las continuas agitaciones y trastornos que han cambiado veinte veces la faz del mundo, que han arrastrado los imperios, las repúblicas, los mejores sistemas, las más firmes instituciones; en una palabra, se mantiene amado y adorado, á pesar de la inflexible ley de muerte que pesa sobre todas las obras humanas, dejándolas solamente una existencia pasajera.

Tales son los hechos visibles, palpables, permanentes, que resultan de este otro hecho.

EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO.

CAPÍTULO XXIII

Doble explicación

I

¿Cómo se explican estos hechos increibles?

Muy fácilmente, responde el cristiano.

La adoración durante diecciocho siglos de un Judío, y de un Judío crucificado por todas las naciones civilizadas del globo, es un misterio cuya profundidad hace vacilar la cabeza del que la quiere medir; esto es verdad.

Los demás misterios del Cristianismo no son menos impenetrables á la razón: esto es también verdad.

Las leyes de la moral cristiana exceden evidentemente las fuerzas *naturales* del hombre; esto es cosa que todos sentimos.

II

Comprendo, sin embargo, muy bien la adoración de un Judío crucificado, la creencia de los impenetrables misterios del Cristianismo, la adopción de su severa moral por los mejores genios y por los pueblos más grandes del mundo.

Jesús de Nazareth es el hijo de Dios, Dios mismo: he ahí el secreto.

III

Siendo omnipotente, ha triunfado por los medios más débiles de los mayores obstáculos. Fuente de luz y de virtudes, ha derramado sobre el mundo una parte de estos dones divinos, y el mundo ha creido y ha obrado. Creyendo y obrando, se ha elevado á la más alta perfección religiosa, política y social.

IV

Cuando el mundo no se acerca á este Dios, fuente de toda luz y principio de toda perfección, permanece en la degradación y en las tinieblas. Cuando se separa, recae en su primer estado de abyección y de miseria, como la tierra en las tinieblas de la noche, cuando se oculta el sol en el horizonte.

En una palabra: Es obra de Dios. Hay en ello milagro: esto lo explica todo.

V

Los milagros son cuentos de mujer-

zuelas, contestan los incrédulos, jamás han existido, sino es en la imaginación de un impostor, y en la creencia de los tontos.

La verdad es que el mundo se ha convertido sin milagros. Por consiguiente, Jesús de Nazareth no es Dios, ni hijo de Dios. Es solamente un Judio como cualquiera otro Judío, un hombre como los demás, un filósofo como los demás filósofos, con algo más talento ó habilidad. Los apóstoles eran doce pescadores, como los demás pescadores: Dios no estaba ni con él ni con ellos.

VI

Resuelven, pues, de esta manera el problema: «Dado un Judío crucificado, con doce *pescadores enviados por* él á predicar su doctrina, el mundo ha debido necesariamente *convertirse* y adorar, como al único Dios del cielo y de la tierra, á este Judío crucificado. Hay una proporción evidente entre el efecto y la causa, entre los

medios y el fin. Nada hay en ello de sobrenatural ni de divino. Todo es muy sencillo, muy natural, muy conforme con las leyes de la lógica.»

Aceptamos esta solución, cuyas consecuencias pondrán de manifiesto su admirable exactitud.

CAPÍTULO XXIV

Consecuencias

I

PRIMERA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que un Judío crucificado, ayudado por doce pescadores, sin instrucción, sin dinero, sin protección, sin crédito, haya persuadido, en pleno siglo de Augusto, al mundo entero, á derribar sus ídolos, á quemar sus templos, á cambiar sus leyes, á purificar sus costumbres, y á hacerse adorar como Criador del mundo y el único Dios del cielo y de la tierra, que había sido crucificado entre dos

malvados, como el más malvado de los tres.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

II

SEGUNDA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que por espacio de tres siglos, millones de hombres, de mujeres, de ricos, de pobres, de senadores, de príncipes, de generales, de cónsules; en el Asia, en África, en Grecia, en Roma, en las Galias, en las Españas, en la Germania, en toda la extensión del globo, se hayan dejado desgarrar, triturar, quemar, ahogar, partir en pedazos, por tener el placer y el honor de adorar, como único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado, que no es más que un Judío.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

III

TERCERA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural y muy ló-

gico, que al cabo de mil ochocientos años, y á pesar del trascurso del tiempo y del desarrollo de la ilustración, el mundo no haya salido de su vergonzosa idolatría; que, por el contrario, cientos de millones de hombres y mujeres de todos los países amen y adoren al Judío crucificado, que no es más que Judío, hasta dejarse degollar por él, y sacrificarle por un acto voluntario su fortuna, su libertad, su familia, sus esperanzas, sus más caras afecciones.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

IV

CUARTA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que el mundo haya llegado á ser mucho más ilustrado, que lo que antes era, mucho más virtuoso, mucho más libre, mucho más civilizado, mucho más feliz bajo todos conceptos, profesando el absurdo elevado á su más alta potencia, es decir, adorando como

Criador del cielo y de la tierra un Judío crucificado, que no es más que Judío.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

V

QUINTA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que toda la porción del género humano que rehusa adorar, como al único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado, que no es más que Judío, permanezca sumergida en la barbarie, en la esclavitud, en la corrupción, en un horrible abismo de miserias.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

VI

SEXTA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que esta porción degradada del género humano salga de la barbarie, de la esclavitud, de la corrupción, y

camine por las sendas de la libertad, de la civilización y del bienestar, tan luego como adora, como al único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado, que no es más que un Judío.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

VII

SÉPTIMA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que todas las naciones que dejan de adorar con fe y fervor, como al único Dios del cielo y de la tierra, á un Judío crucificado, que no es más que un Judío, comiencen por perder su ilustración, su moralidad, su paz y concluyan por caer, de revolución en revolución, en las angustias del mundo pagano, en la abyección del materialismo pagano, en las garras del despotismo pagano, de donde les había sacado la adoración del Judío crucificado.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

VIII

OCTAVA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que un Judío crucificado, que no es más que un Judío, habiéndose lanzado de un salto desde el patíbulo en que acababa de espirar, sobre los altares del mundo entero, se mantenga inmóvil en ellos, al cabo de mil ochocientos años, á pesar de todos los esfuerzos de la astucia, las violencias de la fuerza, el desencadenamiento de las pasiones, unidas para derribarle; y esto en medio de las ruinas, veinte veces acumuladas, de todo lo demás, imperios, monarquías, repúblicas, sistemas, instituciones.

Todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de comprender.

IX

NOVENA CONSECUENCIA. Es muy sencillo, muy natural, muy lógico, que todos los pueblos del mundo, que esperaron del cielo durante cua-

tro mil años un libertador, encargado de restablecer en la tierra el reino de la verdad, de la justicia y de la virtud, hayan reconocido por objeto de sus esperanzas á un Judío crucificado, que no es más que un Judío.

Que, á partir desde este momento, hayan cesado de esperar otro libertador.

Que Dios, que no es nada, sino es la bondad, la verdad, el poder infinito, haya permitido sin reclamación, sin oposición, que este Judío crucificado se haya apoderado en provecho propio de la fe y de la adoración del género humano.

Que este Judío, sin ser más que un Judío, haya verificado todas las obras de Dios, ilustrado, consolado, libertado, hecho á los hombres mejores y más felices: y todo esto sin ser Dios, ni enviado por Dios, sino un insigne falsario, mil veces digno de la cruz en que fué enclavado.

Decís que todo esto es muy natural, muy lógico, muy fácil de compren-

der, que en todo esto no hay nada de sobrenatural, de divino, ni aun sombra de milagro.

Para participar de vuestro parecer, el cristiano sólo tiene que preguntarnos una cosa.

CAPÍTULO XXV

Una experiencia

I

Para probarnos, como dos y dos son cuatro, que la conversión del mundo con todas sus consecuencias, verificada por un Judío crucificado, que no es más que un Judío, ayudado de doce pescadores, como todos los demás pescadores, es una cosa muy fácil, muy lógica, que de ninguna manera excede las fuerzas humanas, y que no exije ningún milagro, rogamos á cualquier incrédulo de los de más renombre, Renán por ejemplo, que nos dé una repetición de ello.

Jamás hubo empresa más digna de

su gran corazón: su profunda compasión por el género humano, vilmente encorvado, hace tantos siglos, bajo el degradante yugo de la idolatría cristiana, no permite dudar que se prestará gustoso á la experiencia propuesta.

II

El orgulloso enemigo de la divinidad del Cristianismo, baja á la calle una mañana con sus dos famosos libros bajo del brazo, y se dirige al arrabal de San Antonio. Se presenta á su vista el hijo de un carpintero. que fuma un cigarro á la puerta del taller de su padre.

Renán le llama y le dice: «Yo soy Renán, miembro del Instituto. La ciencia me ha demostrado, que el establecimiento del Cristianismo es obra puramente humana. Jesús no es Dios. no ha hecho milagros. Los apóstoles eran unos *ilusos*. Víctimas de una alucinación, cosa muy frecuente en la Judea, se les ha figurado ver lo que no han visto y oir lo que no ha..

oido. Estos libros mios te darán la prueba de ello.»

«Hace dieciocho siglos, que fuera de mí y algunos otros, la humanidad está siendo víctima de una mistificación vergonzosa. Para convencerla de ello, he resuelto repetir el hecho cuyo héroe fué Jesús.»

III

«Te he elegido para realizar esta empresa, el resultado hará tu gloria y la mia. Poseido de este pensamiento, vas á desempeñar el papel de Jesús de Nazareth. Conoces este papel, y te hallas en las mejores condiciones para cumplirle. Eres carpintero é hijo de un carpintero, y para salir bien, no tienes necesidad de agentes sobrenaturales, ni de milagros. Manos á la obra, y serás inmortal.»

IV

Fiado en la palabra del sabio académico, el joven carpintero abandona el taller de su padre, baja por las riberas

del Sena, y reune en su rededor doce pescadores de profesión. «Amigos míos, les dice, dejad vuestras barcas y vuestras redes. Seguidme, voy á haceros una comunicación importante.»

Los pescadores le siguen.

V

Sube con ellos al montecillo *Chaumont*, y retirándose á un lado, les hace sentar sobre el césped y les habla en estos términos: «Vosotros me conocéis, sabéis que soy carpintero de profesión, é hijo de un carpintero. Hace treinta años que trabajo en el taller de mi padre. En él me habéis visto muchas veces, cuando ibais á buscarme para reparar vuestras barcas.»

VI

«Pues bien, estáis en un error. No soy lo que os figuráis. Tal como me veis, soy Dios. Yo he criado el cielo y la tierra. Estoy resuelto á hacerme reconocer por lo que soy, y á que se

me adore en todo el universo hasta el fin de los siglos, y quiero asociaros á mi gloria.»

VII

«He aquí mi proyecto: Comienzo por recorrer durante algún tiempo, los alrededores de París, predicando y pidiendo limosna. Los unos me oyen, los otros se burlan de mí y me rechazan. Soy acusado de muchos crímenes, y me arreglo de tal modo, que me condenan á morir en el patíbulo. Este será mi triunfo.»

VIII

«Tres días después de la ejecución resucito, y os digo: Id, enseñad á todas las naciones, bautizándolas en nombre del carpintero de París, haciéndolas creer todo lo que yo os he enseñado, y practicar todo lo que yo mando.»

IX

«París será el primer teatro de vuestra predicación. Recorred las calles,

deteneos en las plazas, llamad á los transeuntes y decidles: «Oid la gran »nueva. El joven carpintero del arra- »bal de San Antonio, que recorria los »alrededores predicando y mendigan- »do, que ha sido condenado á muerte »por los tribunales y ejecutado estos »últimos días, no es un hombre, es el »hijo de Dios, el criador del cielo y »de la tierra.»

X

«Para tener la gloria y el placer de adorarle, debéis todos, sin excepción, hombres, mujeres y niños, ricos y pobres, comenzar por confesar que vosotros y vuestros padres, como todos los pueblos del mundo, habéis sido hasta ahora un rebaño de ignorantes, víctimas de los más groseros errores.»

«Debéis además, arrepentidos de corazón, arrodillaros humildemente á nuestros pies, decirnos todos vuestros pecados, aun los más secretos, y practicar cuantas penitencias nos parezcan bien imponeros.»

XI

«Tendréis también el gusto de dejaros injuriar, burlar, insultar, sin decir una palabra; poner en prisión, sin oponer la menor resistencia; azotar hasta derramar sangre, dando muchas gracias por ello; en fin, cortar la cabeza en la plaza pública, y creer en el fondo del corazón, que es la mayor dicha que puede sucederos.»

«He aquí, amigos míos, lo que repetiréis en todos los barrios de París. Desde aquí os extenderéis por las provincias; atravesaréis los Alpes, los Pirineos, el Océano, é iréis á predicar la misma doctrina hasta las extremidades del mundo.»

XII

«No debo disimularoslo. Todo el mundo se burlará de vosotros, las personas importantes dirán que estáis bebidos. Los chiquillos os seguirán en tropel, insultándoos y arrojándoos piedras. Todo esto producirá turbaciones en la

ciudad. Os detendrán los agentes de policía, y seréis llevados ante la justicia; el procurador Imperial os reprenderá severamente, y os prohibirá predicar mi doctrina.»

«No lo escucharéis; antes bien, la predicaréis con más ardor. Os detendrán de nuevo, vosotros os dejaréis detener. Os azotarán otra vez, vosotros os dejaréis azotar. Os volverán á poner en prisión; vosotros os dejaréis prender. En fin, para haceros callar, en París ó en otra parte, os cortarán la cabeza; vosotros os la dejaréis cortar. Es lo mejor que os puede suceder.»

XIII

«Cuando tenga lugar esto, habremos logrado completamente nuestro objeto. Yo seré reconocido por el único Dios verdadero. Seré adorado, en primer lugar, en París, después en el departamento del Sena y en todos los demás. Desde París pasará el culto á Roma, á Londres, á San Petersburgo, á Madrid, á Constantinopla y á Pekín.

Bien pronto el taller de mi padre será una hermosa capilla, á la que concurrirán multitud de peregrinos de las cuatro partes del mundo, y sus ricos presentes serán el orgullo de mi ciudad natal.»

XIV

«En cuanto á vosotros mis doce apóstoles, seréis doce santos á quienes invocará todo el universo. Colocarán vuestros huesos en altares de oro y de mármol; vuestras estatuas en nichos, y vuestros retratos, pintados sobre banderas, serán llevados en procesión, no solamente en París, sino en el mundo entero, hasta el fin de los siglos. De modo que alcanzaréis indudablemente la inmortalidad, sin contar el cielo que os prometo por toda la eternidad. ¡Qué dicha para vosotros! ¡Qué gloria para vuestras mujeres y para vuestros hijos!»

«La conversión del mundo no ofrece dificultad alguna, y tal es mi proyecto. Es, como veis, muy sencillo,

muy lógico, en nada excede las fuerzas humanas, y no exige ni aun la sombra de un milagro.»

—«Puedo contar con vosotros ¿no es verdad?»

XV

¿Cómo sería acogido semejante discurso? No hay necesidad de decirlo. Oigo á nuestros bravos pescadores, irritados por la mistificación de que han sido objeto, reprochársela enérgicamente á su autor, de palabra, con los gestos y aun con las manos. Les veo volver á París, publicando por todas partes que el joven carpintero del arrabal de San Antonio ha perdido la cabeza.

Y nadie se admirará al saber que el nuevo Dios ha sido conducido en el mismo día al hospital de Charentón, en donde goza en lugar de los honores divinos, el privilegio bien ganado de ocupar el segundo lugar entre los locos; perteneciendo el primero, sin disputa alguna, al inventor del proyecto.

CAPÍTULO XXVI

Una conclusión

I

Es indudable que la empresa del carpintero de París es el colmo de la locura: sin embargo, no es más insensata que la de Jesús de Nazareth, si éste no es más que un simple mortal, nacido en un establo, educado en el taller de un artesano, obrando sin el socorro de manifiestos milagros.

II

Lo es todavía mucho menos. Un carpintero de París vale más que un carpintero de Nazareth. Un francés guillotinado es superior á un Judío crucificado. Doce pescadores del Sena pueden sostener perfectamente, por su saber y su valor, la competencia con doce pescadores de los pequeños lagos de Galilea. Es incomparablemente menos difícil hacer adorar á un ciudadano

francés en el siglo diecinueve, que hacer adorar un Judío en el siglo de Augusto.

III

Así que, es el último grado del ridículo, querer explicar el establecimiento del Cristianismo por causas puramente humanas. Sin embargo, no hay efecto sin causa. Haga lo que quiera el incrédulo, el Cristianismo es un hecho; y este hecho importuno se levanta ante él con toda su inmensa altura. Y puesto que no hay causa alguna humana que pueda explicar su establecimiento, es indispensable, á menos de admitir un efecto sin causa, reconocer en ello una causa divina; Dios ha intervenido, ha habido milagro.

IV

Pero si Dios ha intervenido en su establecimiento, no pudiendo Dios ni engañarse ni engañarnos, el Cristianismo es verdadero, únicamente verdadero, completamente verdadero. A

todos los dogmas que enseña, á todos los deberes que impone, hay que decir necesariamente CREDO.

El Cristianismo me dice: El hombre ha caído: CREDO.

El hombre ha sido rescatado: CREDO.

Ha sido rescatado por Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre: CREDO.

El hombre tiene un alma inmortal: CREDO.

Hay un infierno eterno: CREDO.

Hay un cielo eterno: CREDO.

Hay una Iglesia infalible, encargada de enseñar la verdad: CREDO.

Esta Iglesia subsistirá hasta el fin del mundo: CREDO.

Esta Iglesia es la Iglesia católica, apostólica, romana: CREDO.

V

El Cristianismo me dice que el único medio de evitar el infierno y de merecer el cielo, es practicar lo que él me manda: CREDO.

Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á mí mismo: CREDO.
Perdonar las injurias: CREDO.
Respetar los bienes ajenos: CREDO.
Vivir castamente: CREDO.
Humildemente: CREDO.
Mortificarse: CREDO.
Confesarse: CREDO.
Comulgar: CREDO.

VI

Siendo el Cristianismo verdadero, completamente verdadero, todos los sistemas contrarios al Cristianismo son falsos, todas las objeciones nulas, pues no pueden existir verdades contradictorias.

De manera, que ante el solo hecho del establecimiento del Cristianismo, todos los sistemas: Racionalismo, Panteísmo, Materialismo, Ateismo, Naturalismo, Cesarismo, Sensualismo, Positivismo, Socialismo, Solidarismo, Espiritismo, que como la hidra de la fábula, ó la bestia del Apocalipsis, le-

vantan su asquerosa cabeza contra el Cristianismo, son falsos, completamente falsos.

De manera, que todos los sofismas, todos los *si*, todos los *pero*, todos los *porqué* contra el dogma, la moral y el culto del Cristianismo, se estrellan contra él, como la bala del Árabe fugitivo contra la pirámide del desierto.

VII

Hemos logrado nuestro objeto. El cristiano del siglo diecinueve conoce el REFUGIO, el castillo fuerte, la inexpugnable ciudadela, desde donde puede desafiar los ataques de sus enemigos, *lo mismo que las tormentas* y los peligros de los tiempos actuales.

Aquí podríamos dar por terminada nuestra tarea. Queremos, no obstante, continuarla. Nos parece útil poner de manifiesto todo el poder, no solamente *defensivo*, sino también *ofensivo*, de esta palabra maravillosa: CREDO.

CAPÍTULO XXVII

Una arma ofensiva

I

La primera é inmensa ventaja del hecho sobre que se funda el CREDO del cristiano, el establecimiento del Cristianismo, es aniquilar de un solo golpe todas las objeciones. Otra, no menos importante, es convertirlas en pruebas y pruebas triunfantes.

De escudo y refugio, el CREDO se convierte en *revólver* y *cañón rayado*. De arma defensiva, se convierte en ofensiva de un poder y precisión admirables. Vamos á demostrarlo. Ya que durante tanto tiempo de todo se ha valido el impío contra la Religión, séanos permitido usar de represalias y volver contra él sus propias armas. Bastantes veces ha convertido el incrédulo al cristiano en idiota; ¿llevará á mal que el cristiano le transforme en apologista?

II

Para los librepensadores, sean panteistas, materialistas, socialistas, solidaristas, racionalistas, espiritistas, el Cristianismo no es siquiera un sistema razonable. Descubren en él una multitud de cosas que no resisten á la crítica, ó que pugnan con el buen sentido. Las objeciones contra el dogma, atacan la divinidad y hasta la existencia de Nuestro Señor Jesucristo. Para unos, Jesús de Nazareth es un hombre como cualquier otro. Para los otros, es simplemente un mito, inventado con el objeto de personificar un sistema, como los héroes y semidioses de la mitología.

III

Los doce apóstoles son los doce signos del zodíaco; ó si han existido de hecho, son unos fanáticos é ilusos, que han afirmado ver lo que no habían visto, oir lo que no habian oido, tocar lo que no habían tocado.

Los misterios del Cristianismo forman en su conjunto un tejido de contradicciones, de imposibles, de absurdos, de desvaríos, á los que basta el menor grado de ciencia para hacer pronta y severa justicia.

IV

En cuanto á la moral, sostienen que es un fárrago de leyes y prácticas, anticuadas, inútiles, arbitrarias y supersticiosas las unas y las otras, imposibles de guardar, contrarias á las más imperiosas inclinaciones de la naturaleza, y á los imprescriptibles derechos de la libertad humana. De donde concluyen, que un Dios infinitamente justo y sabio no puede ser su autor.

Asi que, según la última palabra de los incrédulos sobre el Cristianismo, éste es absurdo de una parte, imposible ó inútil de la otra; de modo que al abrazarle el género humano, ha sido víctima de una alucinación.

V

Apoyado en el hecho del establecimiento del Cristianismo, el CREDO convierte en victoriosa prueba este doble ataque. Hemos podido ver por lo que precede, que aun aceptado el Cristianismo como un sistema razonable, es imposible explicar su establecimiento por medios humanos. A menos de admitir un efecto sin causa, es de toda necesidad de acudir al milagro.

VI

Dicen los incrédulos, y se esfuerzan en persuadirlo al mundo entero, que el Cristianismo no es siquiera un sistema razonable; que sus dogmas son falsos, increíbles y absurdos en muchos puntos. ¿Qué es esto, sino aumentar inmensamente la dificultad, ya muy grande de suyo, de hacerle aceptar y demostrar con nueva fuerza la existencia, la necesidad, el número y la evidencia de los milagros que le han persuadido al universo?

VII

Cuanto más fuertes y numerosas sean las objeciones de los incrédulos, mayor es la dificultad de la empresa. Por consiguiente, más evidente es el milagro, y obliga más á confesar la realidad y el poder de la intervención divina, que ha sujetado al yugo de la fe cristiana las más orgullosas inteligencias, la razón misma del género humano.

VIII

Sin apercibirse de ello, el incrédulo se transforma en apologista, y viene á ser un Padre de la Iglesia. De buena ó de mala gana, se ve obligado á usar este lenguaje: «Mis objeciones contra los dogmas cristianos no son nuevas. Todas y otras muchas más, se han puesto desde el origen del Cristianismo por los herejes, por los filósofos paganos, por incrédulos, no menos hábiles que yo.»

«No hay un dogma de la fe cristiana que no haya sido cien veces atacado

por la razón, por la ciencia, por la historia, por todo género de objeciones, y esto con una habilidad que nada puede exceder. No hay un misterio que no haya sido desfigurado, desnaturalizado, representado en el teatro y entregado á las risas del mundo que oía hablar de él por primera vez.»

IX

«Si á pesar de mi educación en un país cristiano, á pesar del ejemplo de tantos grandes hombres y de tantos grandes pueblos que han creído; de tantas personas tan ilustradas como yo, que continúan creyendo; si á pesar de una posesión pública de dieciocho siglos, me parecen *tan contrario* á la *razón* los *dogmas* del Cristianismo, que no puedo creerles, ¿qué debieron parecer al mundo pagano, sino un escándalo, capaz de hacer sucumbir los espíritus más firmes; una locura á propósito únicamente para provocar la risa, el sarcasmo y el desdén?»

«Cuanto más siento la fuerza de las

objeciones, cuanto más resaltan ante mis ojos este escándalo y esta locura, mejor comprendo la imposibilidad absoluta en que se hallaba el mundo pagano para creer en el Cristianismo.»

X

«Sin embargo, estos dogmas cristianos que aparecen ante mí como un sistema incoherente, incapaz de sostenerse ante mi crítica; como una mezcla ridícula de fábulas y contradicciones; como una montaña de absurdos é imposibles, han sido creídos por el Universo.»

«Han sido creídos bajo la palabra de doce ignorantes.»

«Han sido creídos en pleno siglo de Augusto, es decir, en el siglo por excelencia de las luces de la filosofía, de la elocuencia y de las artes.»

«Han sido creidos, á pesar de la oposición, cien veces renovada, de los libres pensadores contemporáneos, cuyos libros y pluma repetían lo mismo enteramente que yo me digo á mí

mismo. Los dogmas del Cristianismo son un tejido de concepciones imaginarias, un desgraciado plagio de viejas tradicciones orientales y de algunas fórmulas filosóficas.

XI

«Han sido creidos, á pesar de los señores del mundo armados para proscribirles; á pesar de Nerón, Domiciano, Diocleciano, Galerio; á pesar de los leones, de los tigres, de las hogueras, de los peines de fuego, empleados para impedir que se creyese en ellos.»

«Han sido creidos en todos los puntos del globo, en Atenas, en Roma, en Oriente, en el Occidente.»

«Y á pesar de mí, y de otros como yo, son todavía creidos.

XII

«¿Qué medios hay de explicar este hecho inexorable?»

Dos solamente: la LOCURA ó el MILAGRO.

«El milagro, que yo no admito; pues si le admitiera, sería católico.

«La locura; pero ¿quien es el que está tocado de ella? ¿Estoy seguro de no ser yo? ¿Estoy seguro de tener yo solo razón contra todo el mundo, y de ser solamente el sabio y el ilustrado entre los mortales?

XIII

«¿Puedo tener una confianza razonable en objeciones que nada tienen de sólido á los ojos del resto de los hombres, y que quizá me parecerían ilusorias también á mi, si el corazón no extraviara mi razón?

«Me tengo por sabio: y el mundo entero por el órgano de sus grandes hombres y de sus grandes pueblos, me dice que soy un necio, víctima de un vano error.

«¿No dirá el mundo la verdad?

XIV

«Hacerme apologista á pesar mio, tal es el resultado de mis objeciones

contra los dogmas del Cristianismo. Las he dispuesto tan bien, que todas se han convertido en pruebas concluyentes; de suerte que me encuentro encerrado en un círculo de hierro, del que únicamente puedo escaparme por dos salidas.

«LOCURA ó MILAGRO.

«LOCO ó CATÓLICO.

«No hay medio.»

CAPÍTULO XXVIII

Continuación del anterior

I

Lo mismo que las objeciones contra los dogmas del Cristianismo, producen los ataques contra su moral el inesperado efecto de confirmar el CREDO del cristiano. Todas las reclamaciones del orgullo, todos los murmullos de las pasiones, todas las rebeliones de la naturaleza contra los preceptos del Evangelio, tienden á demostrar que estos preceptos son inútiles, imprac-

ticables, anticuados, contrarios á la libertad del hombre, y que pueden observarse ó no sin consecuencias.

II

¿Qué resulta de aquí?—otra prueba palpable de la existencia, de la necesidad, de la multitud y de la evidencia de los milagros, que han obligado al mundo á encorvar su cabeza bajo el yugo de la moral cristiana. Cuanto más fuertes, cuanto más numerosas son las objeciones, tanto más hacen aumentar la dificultad de la empresa; y, por consiguiente, tanto más hacen brillar la fuerza victoriosa de los milagros que han triunfado de las resistencias del universo.

III

Aquí el librepensador Renán, Proudhón, Strauss, sea cualquiera su ciencia, su edad ó su nombre, se encuentra de nuevo transformado, en el fuero de su conciencia, en apologista involuntario.

Está condenado á decir: «La moral del Cristianismo era, hace dieciocho siglos, lo que es en la actualidad. Esta moral me parece en muchos puntos inútil, anticuada, impracticable, contraria á mi razón y á mi libertad. Yo siento esta imposibilidad, yo proclamo esta libertad de elegir los preceptos que me convienen y dejar los que no me convienen.

IV

»Esto lo siento y lo proclamo yo, nacido en el seno del Cristianismo, habituado desde la infancia á considerar la ley evangélica como una ley divina y obligatoria en todas sus partes: acostumbrado en las rodillas de mi madre al yugo que impone; yo, que he crecido en una atmósfera cristiana y que vivo rodeado de ejemplos, cuya voz incesante me predica la necesidad absoluta de la moral del Cristianismo y la posibilidad de practicarla.

V

»Si á pesar de todo esto me parece imposible, inútil, ¿cuánto más no debió parecerle al mundo pagano, sepultado en los placeres de los sentidos, cuando le fué anunciada por primera vez? ¿Cómo, pues, tantos jóvenes, de carne y hueso como yo, tan débiles, tan ricos, tan instruídos, tan apasionados, quizá más que yo; cómo tantos hombres de toda edad, rango, condición, país, tan hábiles, tan sabios, quizá más que yo, han podido aceptar como verdadera, como obligatoria, como posible, esta misma moral que yo declaro falsa, imposible?

VI

»¿Cómo se han sometido á ella con tanta docilidad? ¿Cómo han observado todas sus prescripciones con una perfección constante, cuando para verificarlo era necesario, no solamente encadenar las pasiones, alimentadas desde la cuna por hábitos contrarios,

fortalecidas con el ejemplo universal, consagradas por la religión, cambiar radicalmente sus ideas, sus gustos, su vida entera; romper, por consiguiente, cadenas en cuya comparación son las mías guirnaldas de flores: sino todavía más: consentir en ser renegado por sus parientes, despojado de sus bienes, abrumado de sarcasmos, azotado hasta derramar sangre, marcado con un hierro candente, enviado á las galeras, esperando por último estímulo, el delicioso placer de ser asado vivo, ó destrozado entre los dientes de un león de África ó de un oso de la Germania, en medio de los aplausos de todo un pueblo?

VII

»¿Qué medios hay de explicar este nuevo hecho, no menos implacable que el primero?

»Dos solamente: el DELIRIO ó el MILAGRO.

»La FE ó la LOCURA.

»No hay otro medio.

VIII

»Tal es el resultado de las objeciones de mi espíritu y de las rebeliones de mi corazón contra la moral del Cristianismo. Grado por grado, he venido á demostrar mejor que todos los apologistas, la necesidad imperiosa y la incertidumbre inquebrantable de los milagros, cuya evidencia ha podido solamente vencer en todo el género humano la oposición más formidable que puede concebirse: el orgullo de los sentidos, la debilidad del corazón y la violencia de las pasiones, coligadas contra la moral evangélica.

IX

»Esta demostración tiene además la propiedad de aumentar en fuerza, en razón directa de mis dificultades. Cuanto más vivas son mis pasiones, más indomables mis sentidos, más inveterados mis hábitos, más pesadas mis cadenas, mas comprendo la necesidad y la irresistible fuerza de los mila-

gros, que han *triunfado* de *todas estas cosas* en el siglo de Augusto, habiéndole hecho aceptar y practicar al precio de su sangre una moral, cuya imposibilidad nadie conoce mejor que yo.»

X

«¿Qué es lo que me queda?

»Pretender que la creencia del género humano en el Cristianismo es efecto de una alucinación.

»Pero se me podrá responder con razón: si el género humano está alucinado ¿quién te dice que tú *no* lo estás también?

»Si todos los hombres son locos, prueba que tú solo eres el cuerdo.»

XI

«¿Qué me queda, pues? A menos de cerrar los ojos para no ver, y de condenarme á una inconsecuencia perpetua, que sería el gusano roedor de mi conciencia, la vergüenza de mi vida y el *tormento de mi muerte*, no me queda más camino que volver á la fe de

mi bautismo, y profesar, más con mi conducta que con mi boca, el inexpugnable CREDO del mundo católico.»

Este es el solo partido razonable: CREDO.

CAPÍTULO XXIV

Resumen general

I

Impresionados ante los inmensos peligros que amenazan en la actualidad la fe de muchas almas, hemos querido procurarlas un refugio seguro.

Este refugio se halla en esta palabra: CREDO.

Fundada sobre un milagro, el más evidente de todos y subsistente, esta palabra bien comprendida es para el cristiano un medio invencible de defensa y un principio eterno de victoria. *Hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra.*

¿Qué milagro es este?

La conversión del mundo resumida en este hecho:

EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO.

II

Este hecho da lugar al razonamiento siguiente: Este Judío crucificado ó es Dios ó no lo es.

Si es Dios, *todo se explica*. El mundo adora al Judío crucificado, Jesús de Nazareth, porque milagros de evidencia irresistible, obrados por él y sus discípulos, han probado su divinidad y forzado la fe del género humano. Siendo el Cristianismo la obra de Dios, es verdadero, completamente verdadero, eternamente verdadero; y nada hay mejor fundado que el CREDO del cristiano.

Si el Judío crucificado, Jesús de Nazareth, que hace mil ochocientos años está sobre los altares del género humano, no es Dios, el mundo entero, el mundo civilizado, ha sido víctima de una inmensa, de una incurable alu-

cinación; puesto que sobre la simple palabra de doce ignorantes, de doce falsarios, de doce fanáticos, que le han dicho haber visto lo que no han visto, haber oido lo que no han oido, contra todas las luces de su razón, y á pesar de las inclinaciones de su corazón, ha adorado y adora como al Criador del cielo y de la tierra, á un Judio crucificado que dice que es Dios, no siéndolo.

III

La primera conclusión de este razonamiento es, que el CREDO del cristiano, basado sobre el hecho del establecimiento del Cristianismo, con milagros ó sin milagros, permanece un refugio inexpugnable.

La segunda, que encierra al incrédulo en un círculo de hierro del cual no puede escaparse sino por una de estas dos salidas:

La FE en su más elevada potencia.

O la LOCURA hasta los últimos límites.

IV

Vengan ahora los poderes de las tinieblas con sus obras nefastas;

Los tiempos malvados, divinamente anunciados, con sus peligros de todo género; el enflaquecimiento de la fe, la decadencia de las costumbres; el aumento de los crímenes, la enormidad de los escándalos;

Los Herejes, con su actividad febril de mentirosa propaganda, con su oro corruptor y sus calumnias contra el Catolicismo:

Los Racionalistas, con sus blasfemias y sofismas diariamente renovados;

Los Solidarios, con su odio de la verdad, llevado hasta el furor;

Los Incrédulos de cualquier clase con su soberbio desdén y su risa satánica;

Los Revolucionarios con sus proyectos anárquicos, hábilmente elaborados en los tenebrosos antros de las sociedades secretas;

Los Espiritistas, con sus oráculos, sus prestigios y su pretensión, altamente manifestada, de sustituir el culto de los demonios al culto del verdadero Dios;

V

Que los gobiernos heridos de demencia, se liguen contra el Cristianismo y contra la Iglesia; que sustituyan el derecho de la fuerza á la fuerza del derecho, y hagan propia de los hombres la moral de los lobos;

Que las naciones tocadas del *militarium tremens* se organicen en campamentos armados, y que en la previsión de hecatombes humanas, desconocidas en la historia, pongan toda su solicitud en encontrar una arma capaz de matar cien hombres en un minuto;

Que el mundo bautizado, que todo lo debe al Cristianismo, se constituya en insurrección permanente contra Nuestro Señor Jesucristo; que dirija contra su Vicario las armas de sus soldados y las astucias de su diploma-

cia; que le despoje de sus bienes, le niegue sus derechos y le colme de ultrajes;

Que el Papado temporal se derrumbe y con él la llave del edificio social;

Que el Papa arrojado de su morada por sus propios hijos, se vea obligado á emprender el camino del destierro;

Que se manifiesten gérmenes de cisma y den lugar á lamentables defecciones;

Que, en fin, bajo uno ú otro nombre, Solidarismo, Masonismo, Satanismo, Socialismo, la Revolución triunfante desencadene todas las malas pasiones, derrumbe los tronos, disloque los imperios, anegue en sangre la civilización moderna, y atraiga sobre la tierra culpable catástrofes justamente merecidas.

El Cristianismo no vacilará por eso.

VI

Fuerte en su CREDO, aunque sea niño, tierna doncella, pobre criada,

pequeña obrera, obscuro trabajador, dejará pasar tranquilo y confiado la *justicia de Dios.*

Él sabe y sabrá siempre:

Que todas estas tempestades han sido predichas;

Que no caerá un solo cabello de su cabeza sin la permisión de su Padre celestial;

Que todo lo que sucede se vuelve en bien de los elegidos;

Que las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia, y que sus enemigos se pudrirán bien pronto en la tumba que habían abierto para ella.

VII

EL MUNDO ADORA Á UN JUDÍO CRUCIFICADO.

Al abrigo de este hecho, base indestructible de su CREDO, esperará á pie firme el cristiano, sea quien sea, á los enemigos de su Dios y de su fe. En lugar de turbarse con sus sofismas, en lugar de intentar rechazarles con razonamientos, les transformará

en pruebas victoriosas, y hará lo que hacen los hijos del siglo cuando asisten á los espectáculos; se contentará con ver, oir y aplaudir.

VIII

Después que se hayan cansado de disputar, de negar, de razonar. ó más bien, de desrazonar, les dirá: «Creyendo trabajar en vuestra obra, lo habéis hecho en la mia. Multiplicad vuestras objeciones, vuestras negaciones, vuestros sarcasmos. Minad todos los fundamentos del Cristianismo; negad las profecías; negad los milagros; negad á Jesucristo; *transformad mi religió*. en un tejido de desvarios, de imposibilidades, de inutilidades: cuanto más absurdos os parezcan sus dogmas, y más impracticable su moral; cuanto más ilusos, débiles, ignorantes y despreciables sean los apóstoles; cuanto más ingenio, saber, elocuencia y crédito tengan los sofistas: mi fe será más viva, más palpable vuestra locura:

Habréis demostrado mejor que la adoración de un Judío crucificado por todas las naciones civilizadas del globo, es un hecho evidentemente inexplicable por las fuerzas humanas; y en consecuencia, evidentemente divino: *Incredibile, ergo divinum* (1).

FIN

(1) No habiendo querido hacer de este opúsculo, destinado á todas las clases de la sociedad, una obra de erudición, hemos omitido las citas. Al que desee conocer las pruebas en que se apoya la historia del establecimiento del Cristianismo, le bastará consultar las obras siguientes: Bullet, *Historia del establecimiento del Cristianismo*; De Colonia, *La verdad del Cristianismo probada por los autores paganos*; Mamachio, *Origenes et antiquitates christianae*; Baronius, *Annales eclesiastici*, an. 31 130; Tácito, *Historia*, lib. XV; Plinio, *ad Trajanum*; Suetonio, *in Vesp. et Domitian.*; San Justino, Tertuliano, Arnobio, Minucio Félix, Celso, Porfirio, Luciano, y el *Catecismo de perseverancia*, del que es, en gran parte, esta publicación de circunstancias, una página desglosada.

ÍNDICE DE MATERIAS

Cap.		Pág.
XII	Novena dificultad. *Los satíricos.*	52
XIII	Décima dificultad. *Los progresos del Cristianismo.* .	56
XIV	Undécima dificultad. *Las persecuciones.*	58
XV	Debilidad de los medios. .	63
XVI	Grandeza del resultado. .	67
XVII	Resultado rápido.. . . .	69
XVIII	Resultado formal.. . . .	73
XIX	Resultado efectivo. . . .	76
XX	Resultado durable. . . .	80
XXI	Una suposición.	83
XXII	Resumen y desenvolvimiento..	91
XXIII	Doble explicación.. . . .	97
XXIV	Consecuencias..	101
XXV	Una experiencia.	108
XXVI	Una conclusión.	118
XXVII	Una arma ofensiva . . .	123
XXVIII	Continuación del anterior.	132
XXIX	Resumen general.. . . .	139